DOBLE JUEGO

BRUGUERA

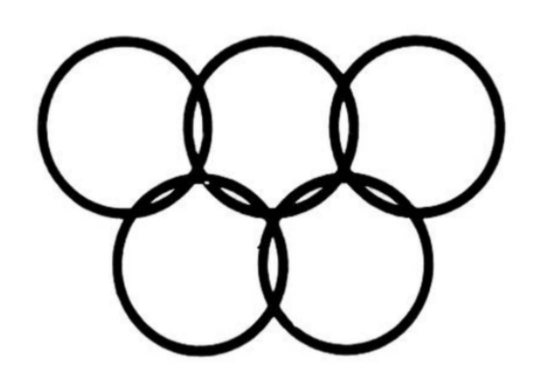
BOLSILIBROS

ACCION

LA LESION

Lem Ryan





COLECCION
DOBLE JUEGO



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

57 — *Ringo,* Curtis Garland.
58 — *Historia de un «crack»,* Lem Ryan.
59 — *Golpea fuerte, Roger,* Adolf Quibus.
60 — *Rebote fatídico,* Adolf Quibus.
61 — *Locura púrpura,* Curtis Garland.

LEM RYAN

LA LESION

Colección
DOBLE JUEGO n.º 62
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 13.904-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio. 1983
2.ª edición en América: diciembre. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Para Brian Crawford, todo comenzó un nublado domingo de marzo, durante el transcurso de la jornada deportiva habitual. Todo comenzó aquel día, inolvidable ya para toda su vida, que quedó marcado indeleblemente en su carrera de deportista.

Pero también se puede decir que todo terminó ese mismo día.

Cuando el sol se ocultó, anunciando el final de la jornada, muchas de las cosas que Brian Crawford conocía ya no volverían a ser como antes. Su vida daría un giro total, que podía culminar en un fracaso definitivo, imparable...

Y todo... por una lesión.

Así son las cosas del fútbol. Triunfas, te alaban, te conviertes en el ídolo de millones... para después precipitarte en las simas insondables del olvido, de las que nadie puede volver a salir. Para eso veintidós hombres corren detrás de un esférico de cuero, dejándose el sudor en el césped, sufriendo durante noventa interminables minutos...

Después, cuando las multitudes ya no rugen con su ídolo, este solo es un recuerdo más dentro del ingrato mundillo del fútbol. Un póster pegado a una pared de la habitación, que es sustituido pronto por otro más actual y termina convertido en pedazos.

Todo eso, lo puede conseguir una lesión. Sobre todo, si es importante. Y la de Brian Crawford, interior derecho del Britain Sport Club, lo fue.

* * *

La historia empezó aquel domingo, en campo contrario. Era un partido importante. Muy importante. Uno de los contendientes, el Conquerors, el equipo local, estaba sumergido en las profundidades de la clasificación liguera, perdido prácticamente en las puertas de salida de la División de Honor y con un pie en Segunda.

Aquel partido era decisivo. Ganarlo, podía significar la esperanza de remontar el vuelo, de permanecer en Primera División. Los puntos eran preciosos para el malogrado Conquerors.

Pero el rival no era fácil. El Britain también necesitaba la victoria para adelantar puestos y colocarse cerca de los tres primeros. De conseguirla, sería un peligro más para el líder, que se encontraría con un enemigo dispuesto a todo.

Por eso, en aquel partido no habría piedad —deportiva, claro está—.

Cada equipo se lanzaría al ataque como si en ello les fuera la vida. Había demasiado en juego para hacer otra cosa.

Por eso el billetaje se agotó varios días antes del encuentro. El partido, en teoría, ofrecía una emoción sin límites. Y eso se notaba en las taquillas. Y, por supuesto, en la recaudación.

Incluso habría cámaras de la BBC retransmitiendo aquel acontecimiento futbolístico, para que millones de británicos pudieran estar presentes mentalmente en el gigantesco estadio del Conquerors, alentando a uno u otro equipo.

Para la afición del equipo local, este no podía perder. Se hizo evidente en la salva de aplausos y gritos de ánimo que invadieron el estadio hasta casi hacerlo vibrar cuando salieron los hombres de camiseta blanca y pantalones rojos. Y en los insultos e improperios que vinieron después, al entrar en el terreno de juego el cuadro verdirrojo del Britain.

Pero las cosas no fueron como pedían los enfervorecidos *supporters* del Conquerors. Los gritos de ánimo de los «hinchas» rojiblancos de nada sirvieron cuando, a los doce minutos de juego, un balón se estrelló con violencia contra las mallas de ese equipo, impulsado por un poderoso trallazo desde varios metros fuera del área que no esperaba el portero, pillándole descolocado, inaugurando el marcador a favor del visitante.

Un súbito silencio se apoderó de las gradas tras aquel jarro de agua fría. Solo una pequeña porción del estadio jaleaba el gol del Britain, como los propios jugadores del equipo, que felicitaban efusivamente al autor del impresionante disparo que se había materializado en gol, el defensa Hykens, un hombre de tiro fácil, muy experto en ese tipo de goles.

Entonces empezaron los silbidos, las protestas, los insultos... La tensión ambiental creció hasta límites insospechados, a medida que pasaban los minutos. Y, mientras tanto, solo parecía existir un equipo en el rectángulo de juego: el Britain. El centro del campo era del dominio exclusivo de los verdirrojos. El ataque era continuo. Pese a estar en campo contrario, se buscaba la goleada. Lo único que podía hacer el Conquerors era cerrar las líneas, mantenerse a la defensiva para conservar la exigua victoria del equipo contrario, esperar un contragolpe...

Y este se produjo. En más de una ocasión, que sirvieron para dar unos buenos sustos al Britain.

Un tiro escalofriante se estrelló contra uno de los postes en un contraataque veloz de los rojiblancos, haciendo temblar la portería toda, incluido al guardameta, recordando a los contrarios que su victoria aún no estaba lo suficientemente clara. A partir de ese momento, se mostraron más cautos, dejando a un par de jugadores retrasados para abortar los feroces *raid* del Conquerors.

Pero ni aun así pudieron evitar lo que vino después, para alegría de los

aficionados locales.

El gol del empate.

Rozando el minuto cuarenta y tres, cuando ya parecía imposible conseguir nada en aquel primer tiempo, un balón con marchamo de gol rebotó en un defensa rojiblanco, alejándose del área, para ser despejado por un delantero incorporado a la defensa, que lo mandó hasta el centro de la cancha, donde uno de los hombres de la tripleta atacante del Conquerors corría ya como una centella, apoderándose del blanco esférico sin pérdida de tiempo por la banda izquierda verdirroja, donde penetró con rapidez, librándose de su marcador con un seco regate.

Lanzó en profundidad, viendo como algunos de sus compañeros también subían para ayudarle sin demora. La emoción vibró incontenible en las gradas, ante aquel pase precioso, en el vertiginoso ataque del cuadro casero, que pilló a contrapié a la defensa del Britain.

Salió el portero, para cubrir huecos, ante el peligro que reinaba sobre su marco. Mientras veía volar el cuero por los aires, supo que solo había una posibilidad: blocarlo. Un atacante de camiseta blanca corría ya hacia él, dispuesto a rematar.

Saltó el guardameta, con las manos por delante. También su adversario, que estaba más cerca, rozando ligeramente con la cabeza, desviándola hacia su derecha, mientras el portero caía, intentando hacerse desesperadamente con el balón.

No pudo.

Otro atacante lo hizo antes, después de burlar la entrada del defensa que le marcaba con un ágil salto. La pelota quedó al alcance de su borceguí...

No lo pensó siquiera. El portero del Britain se estaba levantando con presteza para volver a su marco. Si lo hacía, podía perderse la oportunidad. Disparó sin vacilar con la zurda, cayendo después al suelo, mientras el balón, como un proyectil imparable, se estrellaba contra la red, batido el cancerbero.

—¡GGGOOOOOLLLLLL...!

El júbilo rojiblanco no se hizo esperar. Los espectadores se levantaron de sus asientos, cantando ¡gol! con todas sus fuerzas, desbordado su ánimo. El jugador que lo había marcado corría por la banda, loco de alegría, perseguido por algunos de sus compañeros.

El empate podía ser el revulsivo que necesitaban para conseguir la victoria en el segundo tiempo. Era un resultado esperanzador.

Al menos, eso pensaba cuando acabaron aquellos primeros cuarenta y cinco minutos de juego, señalados por el juez de la contienda sin demora. E incluso cuando los jugadores regresaron al campo, pasado el descanso. Pero la realidad fue muy diferente.

Pocos minutos después, tras un juego no demasiado brillante en el que

seguía dominando el Britain, el tanteo se puso de nuevo a favor de los verdigranas, cuando un balón se introdujo dentro de la *melé* que en aquellos momentos era el área del Conquerors y, después de algunos rebotes indecisos, tras la salida infructuosa y frenética del portero, un jugador avispado del Britain llamado Brian Crawford la controló, escorándose hacia la derecha y tirando a puerta vacía.

De nuevo la desolación invadió los graderíos repletos, cuando el esférico batió las mallas y el enlutado árbitro señaló el círculo central del rectángulo. De nuevo el peligro de la Segunda División se cernía sobre ellos como una nueva espada de Damocles.

Espoleados por la necesidad de ganar el encuentro, el Conquerors se lanzó al ataque, abriendo sus líneas. Las faltas y choques entre jugadores fueron frecuentes, y convenientemente sancionadas por el rigor del colegiado arbitral y los jueces de línea.

La desesperación se fue apoderando del público y jugadores que sentían los colores del Conquerors. Los nervios estaban a punto de desatarse. Los silbidos y protestas, las discusiones e insultos entre espectadores poco deportivos, se hicieron cada vez más frecuentes, a medida que se acercaba el fin inexorable del partido.

Y, de esta manera, cuando quedaban ya escasos minutos, se produjo el tercer tanto del Britain, rematado de cabeza por el rubio baluarte del equipo de camiseta verde y roja, el número ocho, Crawford, en un saque de esquina.

Se caldearon los ánimos. El público pidió falta al portero. Una falta que no existía.

Pero el árbitro, inflexible, dio por válido el gol. Y, entonces, se produjo la catástrofe dentro del estadio del Conquerors.

Cayeron objetos dentro del terreno de juego, tirados con furia por algunos vociferantes y enloquecidos hinchas. Los insultos fueron los únicos protagonistas durante aquellos tensos momentos. Y la lluvia de objetos cayó con mayor profusión en la portería ocupada por el Britain.

Salieron las fuerzas de seguridad, los *policemen* del estadio, para impedir aquel gesto antideportivo del público. Pero ni eso detuvo a los enfurecidos *supporters* del Conquerors, que siguieron lanzando proyectiles de toda índole, mientras el partido seguía detenido y los jugadores del Britain evitaban la proximidad con los espectadores.

El árbitro, entonces, pitó el final del partido, sin esperar más, y señaló los vestuarios. Protestaron, al mismo tiempo, los jugadores del equipo rojiblanco.

Fue la gota que colmó el vaso. Empezaron las peleas en los graderíos, ante las incrédulas miradas de los jugadores del Britain, que no podían entender todo aquello, cuando el partido se había ganado con limpieza.

Y el público invadió el terreno de juego, saltando las vallas que rodeaban el rectángulo de césped, convirtiéndose aquello en una verdadera batalla campal entre aficionados enloquecidos y las fuerzas del orden, que escoltaban al trío arbitral y a los jugadores, con los escudos de metal por delante y repartiendo leña a diestro y siniestro para repeler los furibundos ataques.

Un espectáculo lamentable, que jamás debería haberse producido en un deporte tan noble como el fútbol, tenía lugar en el estadio, ante las cámaras de televisión que transmitían el encuentro. Un espectáculo que derramó sangre, sin motivo alguno que lo justificase, que provocó heridos...

Y uno de ellos fue el jugador Brian Crawford, que sintió en sus carnes la dolorosa mordedura de una navaja, empuñada por algún enfermo digno de estar entre rejas, o en una celda acolchada del manicomio. Sin poderlo creer, sacudido por dolores lacerantes, cayó, ensangrentado, muy cerca de la entrada a los vestuarios, ante las cámaras de la BBC y de los millones de telespectadores que veían en directo el trágico desenlace de aquel partido de Liga.

Todo comenzó aquel día. Todo terminó, también ese mismo día.

* * *

—¿Estoy ya curado, doctor? —preguntó Brian, mirando al hombre de bata blanca y cordial sonrisa que se hallaba ante él—. Quiero saber la verdad, por mala que esta sea.

Ni siquiera miró a la bonita enfermera que levantaba en aquellos instantes la cabecera de su lecho, para que estuviese más cómodo. Estaba demasiado preocupado para eso, tras ver el vendaje que recorría toda su cintura al despertar de un profundo sopor.

—Es demasiado pronto para emitir juicios, señor Crawford —contestó el cirujano, doctor Wilcox—. Por ahora, tras la operación, su vida está a salvo. No existe ya ningún peligro para usted.

—Pero las heridas son importantes... ¿No es así?

Wilcox suspiró, asintiendo, repentinamente serio.

—Así es, no se lo puedo negar. El individuo que le hizo eso es un homicida en potencia, que debería ser encarcelado al instante. Ha corrido usted un serio peligro, que solo la operación ha impedido. La navaja, pues sin duda fue ese el arma, le hizo una profunda herida en el estómago. Y otra, aunque menos importante para su vida, en el nacimiento del muslo, a la altura de la pelvis. Sin embargo, ambas heridas ya han sido intervenidas quirúrgicamente y el peligro pasó, por fortuna.

—Entonces... me restableceré pronto... ¿no es así?

—En cosa de tres semanas ya podrá regresar a la cancha, muchacho —sonrió el cirujano de nuevo—. Aunque, claro, todavía tenemos que hacerle

algunas radiografías para ver qué tal han quedado esas heridas tras la operación. Pero le daremos el veredicto esta tarde, no se preocupe. Con mucha suerte, podrá jugar el próximo mes. Aunque, claro, no al cien por cien.

En ese momento, el médico pareció acordarse de algo. Y su sonrisa se amplió.

—Por cierto... tiene una visita; aunque sería mejor decir que tiene una docena. Todo el equipo del Britain ha estado muy preocupado por su salud estos días. Y lo mismo les sucede a sus admiradoras. Y a los periodistas, por supuesto. Pero no puedo permitir que entren todos. No se encuentra en condiciones. Solo podrá entrar uno, y, si le parece bien, será su entrenador, Hopkins. A los demás yo les tranquilizaré.

—De acuerdo —sonrió también el joven futbolista—. Lamento las molestias.

—Nosotros también lamentamos que esté aquí, muchacho. Por culpa de un loco... Enfermera, quédese aquí y cuide de que no se mueva. Podría abrirse de nuevo alguna herida, y no quisiera que eso sucediera.

La mujer asintió y, cuando el doctor Wilcox salió de la estancia, miró a Brian.

—Ya ha oído, señor Crawford —ordenó, muy seria, mientras subía el embozo de la cama para evitar problemas con el frío invernal que azotaba la ciudad de Reading—. No debe moverse, si quiere salir pronto de este hospital.

Lo que sucedió después, pilló desprevenida a la enfermera. La nervuda mano del joven tomó la suya, besando después su dorso fugazmente. La mujer le miró, sorprendida.

Él también la miró a ella. Sus ojos recorrieron de arriba abajo las impresionantes curvas de la rubia mujer, que se notaban agresivas y desafiantes a través de la blancura de su uniforme.

—Si supiera que con ello permanecería usted a mí lado —sonrió el joven—, me pondría a bailar ahora mismo, para quedarme aquí. Su belleza me ha cautivado.

La enfermera no pudo evitar una sonrisa, que rompió la seriedad profesional de sus facciones.

—Sí, ya sé lo que va usted a decir —continuó el futbolista—: «Eso se lo dirá a todas». Pues... sí, es verdad. Pero con usted es diferente, se lo garantizo. Olvidaré a las demás. Se lo juro.

—Lo que iba a decir es que tiene usted la cara más dura que un ladrillo —rio ella, divertida—. Pero me cae usted simpático, pese a ser del Britain, aunque a mí marido no le gustará saberlo.

—Vaya... está casada —suspiró Brian, como dolido—. Una verdadera lástima. De no estarlo, sería usted mi conquista número quinientos. Es que

estoy redondeando números... ¿sabe?

Una nueva risa, que contagió al joven jugador de fútbol.

—Oiga... —dijo, de pronto—. ¿Tiene algo contra el Britain?

—¿Yo? Nada, por Dios... Lo he dicho por mí marido, que ayer echaba pestes contra ustedes. Sin embargo, jugaron deportivamente, no como los vándalos que luego organizaron la pelea.

—Me alegro mucho de que opine así. Me hubiera dolido saber que era usted del Conquerors, después de recibir un par de navajazos de algún fanático de ese equipo.

En ese momento, la puerta se abrió. La mujer, presurosa, se zafó de la mano que oprimía la suya y se levantó, turbada, encarándose al recién llegado, un hombre de unos cuarenta años, de cabellos negros, salpicados por pequeños mechones plateados. Había una sonrisa burlona en su boca, y miraba a la enfermera.

—Vaya, muchacho —comentó—. Veo que no estás tan mal como todos creíamos. ¿Qué? ¿La número quinientos?

—Frank... —su gesto era de reproche—. Eres tan delicado como unas bragas de esparto... ¿No podías tener la bocaza cerrada?

La mujer había enrojecido hasta las orejas. Parecía incómoda allí, y Brian lo entendió.

—Si lo desea, puede marcharse —se dirigió a ella al hablar—. Le prometo que no me moveré.

Ella asintió y, con una tímida despedida, salió de la estancia. La sonrisa irónica que Brian esgrimía no le gustó a su entrenador.

—¿He hecho algo malo? —preguntó, mirando la puerta por la que salió momentos antes la enfermera.

—Has metido la pata hasta las narices —masculló el futbolista—. Está casada... ¿sabes? Bueno, me temo que eso ya no tiene solución... ¿Qué tal van las cosas?

—Todo el mundo se interesa por tu salud —sonrió el entrenador del Britain—. Realmente, fue horrible lo que te sucedió. ¿Quién pudo...?

—Algún loco... ¿No sabe nada la policía sobre ese asunto?

—Nada —negó Frank Hopkins—. Había muchas personas en el estadio. Era un partido demasiado importante para el Conquerors. Es prácticamente imposible saber quién fue... Pero la Federación ha tomado medidas contra el club. El Conquerors está ahora lleno de problemas. No solo está ya a punto de caer en la Segunda División, si no que se le ha abierto un expediente, quedando cerradas sus instalaciones por lo que resta de temporada.

—No se merecían eso, Frank...

El entrenador del cuadro verdirrojo miró al joven, sorprendido, con una ceja enarcada.

—¿Qué dices...?

—Que esos muchachos se portaron bien en el terreno de juego —respondió Brian—. Jugaron limpio, y el club no debería ser el responsable de los actos de esa afición tan poco deportiva que llena sus estadios. En ese punto, jamás estuve de acuerdo con la Federación.

—Ni tienes por qué estarlo —se encogió de hombros su entrenador—. Son sus reglas. La sanción al club no es más que una manera de castigar a esa afición de la que has hablado. Pero, por lo demás, tienes razón. Los chicos del Conquerors jugaron bien. Algo duro, como es normal en esta clase de partidos, pero nada más.

Brian sonrió.

—¿Cómo están los demás?

—Preocupados por tu salud —suspiró Hopkins—. Tu falta se notará en los próximos partidos. Sobre todo, este domingo. El Liverpool es un hueso duro de roer. Será difícil vencerle.

—Halagas mi vanidad —rio el joven—. No te preocupes. Dentro de unas semanas podré volver a la brecha y marcar goles, a ver si consigo, a pesar de esto, ser el máximo goleador este año.

—Eso siempre nos irá bien a todos —sonrió Frank Hopkins—. Pero, por ahora, lo que debes hacer es ponerte bien, recuperarte... No me gustaría que, por las prisas, te pusieses peor. Queda ya poco para el final de la Liga y quisiera tenerte en los últimos partidos.

—No te preocupes; allí estaré...

* * *

—No podrá jugar, Crawford...

El rubio futbolista miró al doctor Wilcox. La sorpresa, la incredulidad más completa, era visible en su rostro enérgico y viril, de ojos grises que intentaron penetrar en lo más hondo del cirujano. Este, preocupado, evitaba su acerada mirada, repasando las radiografías que tenía en sus manos.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente eso, señor Crawford —suspiró el médico—. Por desgracia, no puede haber error. Y créame que me gustaría que esto lo fuera. Pero no es así. Es una realidad a la que deberá ir acostumbrándose.

—Pero... ¿a qué se refiere? —se impacientó el joven—. ¿Qué es lo que quiere decir? No se ande con más rodeos.

—Si así lo quiere... sea —se encogió de hombros Wilcox—. Las radiografías confirman nuestros temores. Es una ironía del destino, pero... La herida que parecía tener menos importancia, va a tener graves consecuencias en su vida, amigo mío. Sobre todo, en la deportiva. El problema es más grave de lo que pensamos en un principio.

—¿Se refiere... a la de la pelvis?

—Así es. El lugar donde se produjo la herida ha quedado muy dañado. Tanto es así, que incluso tiene una pequeña perforación en la pelvis. Pero, el problema más grave está... en los tendones. Esa pierna ha quedado prácticamente inútil para los ejercicios físicos.

—¿Mi diestra? Pero... no puede ser... Hay clubs que han ofrecido millones por esa pierna.

—Por eso me ha dolido decírselo. Podemos intervenirle, naturalmente. Pero no hay ninguna garantía de que usted pueda volver a ser lo que fue. Con el tiempo, tal vez, a medida que se vayan fortaleciendo de nuevo los tendones. Pero, para ello, tardará un par de años aproximadamente.

—Y sin garantías tampoco de que eso pueda suceder... ¿no es así? —apretó las mandíbulas el joven—. Eso quiere decir que no podré volver al rectángulo en mucho tiempo. Quizás demasiado tarde ya para mí.

El cirujano tragó saliva. No podía saber lo que sentía el futbolista en aquellos momentos, en el más duro golpe de su vida. El rostro de Brian Crawford era una máscara hermética, mientras miraba el techo.

—Me temo... que así sea —respondió, escueto.

Brian no dijo nada. Supo, en ese momento, lo que significa ver romperse los cimientos de toda una vida, desmoronándose cuando aún se estaban construyendo.

Su vida, sus sueños, sus ilusiones... convertidas en pedazos por culpa de un loco que utilizó el fútbol para desahogar sus ansias de violencia, causándole un daño irreparable.

CAPÍTULO II

La clase había sido un tostón. Eso podían jurarlo todos y cada uno de los alumnos que aquel año cursaban estudios de psicología en la Universidad de Cambridge. Y en aquellos momentos, mientras salían de aquel primer día de clase, era la exclusiva de todas las conversaciones.

La mayoría de ellos se conocían de cursos anteriores. Sin embargo, había algunos compañeros nuevos, que venían de otras universidades para continuar allí su carrera.

Entre ellos, había uno que llamó la atención nada más entrar. Su estatura, su complexión y su gesto serio, además de su apostura, se ganaron todas las miradas. E incluso ahora, mientras salía, cojeando levemente de la pierna derecha, le continuaban mirando.

Pero, a pesar de todo, continuó caminando hacia la salida, para salir al campus, donde respiró con alivio, sintiendo el aire fresco en su cara, agitando sus dorados cabellos.

—Maldita sea —rezongó para sí—, como todas las clases sean así, pronto me cansaré.

Siguió hacia adelante. Tenía muchas cosas que hacer ese día, el primero del curso y el más ajetreado, y no debía dejar las cosas para después. Él no era de esos.

En ese momento, una mano agarró su brazo izquierdo bruscamente. Y una voz jovial llegó hasta él, mientras se volvía.

—¡Cielos, es verdad! Eres... Brian Crawford, el jugador del Britain...

El joven miró con cierto recelo a la persona que le había detenido. Era un muchacho delgado y espigado, algo más bajo que él, aunque también tenía un par de años menos, que le contemplaba, mitad sorprendido, mitad admirado, sin podérselo creer.

—Cuando el profesor dijo tu nombre, no lo creí —continuó el muchacho—. Pensé que sería una coincidencia, alguien con el mismo nombre... Pero veo que es cierto.

—¿Y por qué no habría de serlo? —preguntó el futbolista, algo seco su tono—. Si quieres, te enseño mi documento de identidad, para que compruebes que, efectivamente, soy Brian Crawford, de profesión «futbolista»...

—No hace falta —rechazó el joven—. Podría reconocerte hasta con los ojos vendados. Soy un forofo del Britain, ¿sabes? Y tengo tu póster en mi habitación, junto a un banderín con los colores del club.

—Pues ya puedes ir retirando mi póster y colocando otro. El de

Hollister o el de Bryke... Ahora solo soy Brian Crawford, estudiante. Nada más.

—¿Has dejado el fútbol? —se sorprendió el otro.

—Así es —asintió Brian—. No me preguntes la causas. Imagino que las conoces. Por cierto... ¿Cómo te llamas?

—Hawick... Bertrand Hawick —contestó el estudiante—. Pero los amigos me llaman Bert. Lamento... lo de la pierna...

—No te preocupes. Eso ya es irremediable —sonrió por vez primera el joven—. Ahora tengo prisa, pero después hablaremos... Creo que vamos a ser grandes amigos.

—Si quieres, te acompaño —se ofreció Hawick—. No conoces la ciudad... ¿verdad?

—Lo siento —se disculpó el joven, negando con la cabeza—. En otro momento. Todavía tengo muchas cosas que hacer y...

Le distrajo el sonido de rápido taconeo que cada vez se hacía mayor a sus espaldas. Y pronto vio su origen.

Estuvo a punto de silbar, pero no llegó a hacerlo. Enseguida supo que con aquella chica de negros y largos cabellos ensortijados en las puntas, de ojos verdes y enigmáticos y piel morena, oculta por unos ceñidos pantalones vaqueros y una camisa estampada, aquellas cosas no servían de nada. Así que se limitó a mirar.

La joven también le miró, cuando se paró ante ellos. Su metro ochenta y cinco solía provocar aquellas miradas, pese a tener solo veintitrés años. En cambio, ella mediría uno sesenta y algo, casi setenta.

—Hola —saludó jovialmente, pese a estar jadeante y acalorada por la carrera—. Bert... ¿Me puedes llevar a casa? Te va de camino, y yo tengo prisa. Mis padres no están en casa y debo prepararme la comida.

—¿Para ir al cine esta tarde? —sonrió con cierta sorna el universitario —. Sí, te llevaré... Para que luego digas que soy un mal amigo... Ah, no conoces a Brian... ¿verdad? A partir de ahora, será otro compañero nuestro, sufriendo para tener un aprobado en los exámenes... Ella es Rosemary, pero llámala solo Rose...

—Encantado —sonrió el joven, estrechando la mano de Rose, que devolvió una cálida sonrisa a Brian.

—Tengo la impresión de haberte visto en algún otro sitio —observó la morena universitaria—. Pero ahora no recuerdo dónde... No tengo demasiada memoria para estas cosas.

—Sí mucha gente tiene esa misma impresión —su sonrisa, esta vez, fue amarga—. Lo lamento, pero debo irme. Nos veremos mañana.

Se marchó, seguido por las miradas de los dos estudiantes, sabiendo que ya se habrían percatado de su cojera y que hablarían sobre ello. Pero no le importaba.

* * *

Ya estaba atardeciendo. Comenzaba a notarse la llegada del otoño en las islas. Cada vez anochecía más temprano.

Y aquel día, para colmo, estaba lloviendo. Densos nubarrones cubrían Cambridge, dejando allí su contenido: una lluvia monótona y deprimente, que suele evocar los recuerdos nostálgicos con fuerza inusitada.

Brian no quería vivir de recuerdos. Estaba construyendo una nueva vida, y no deseaba que una estúpida lluvia se lo estropease todo.

Por eso salió a la calle. En su nuevo domicilio, desconocido para muchas personas, se sentía como un tigre enjaulado. No podía estarse quieto.

Con un sobretodo cubriendo su cuerpo, caminó sin rumbo fijo, las manos en los bolsillos, irritado, mirando distraído los altos edificios, los carteles de publicidad, las tiendas... La lluvia repiqueteaba en el asfalto, rebotaba en el sobretodo impermeable y mojaba sus rubios cabellos.

Tantas cosas se habían quedado atrás... Ahora debía comenzar de nuevo, desde cero. Continuar con los estudios que abandonó unos años antes, al ver que podía tener un camino trazado en el mundo del deporte.

Ahora veía cuán tonto fue al pensar aquello. En el ambiente en que se movía, dependía demasiado la condición física, la fortaleza... En cuanto algo fallara, todo se acabó.

Miró su pie derecho, mientras andaba. Aquel pie, pocos meses antes, hacía maravillas con un balón, podía engatillar unos disparos escalofriantes. Y ahora, por una rotura de tendones, todo el sacrificio de años entrenándose se iba al carajo.

Podía dar gracias a la cirugía por poder andar. Pero no podía correr o existía el riesgo de un nuevo desgarro, que esta vez podía ser irreversible.

Su futuro como futbolista había terminado. Continuaba en la plantilla del Britain, eso sí, pero solo hasta que acabase su contrato. Cuando esto sucediera, si no estaba recuperado, quedaría cesante y sin empleo. Y su seguro bien poco podía hacer.

Se maldijo a sí mismo. Aquella lluvia le ponía nervioso...

De pronto, vio las coloridas carteleras de un cinematógrafo, en la otra acera. Podía ser un buen remedio. Necesitaba algo que le distrajera y aquello, el séptimo arte, era tan bueno como cualquier otra cosa.

Después de todo, siempre fue un cinéfilo sin remedio. Le encantaba la magia del celuloide, el encanto de unos metros de cinta sonora, proyectado a una gran pantalla.

Cruzó la calle. Apenas pasaban coches aquella tarde, aunque aún era temprano. La gente, seguramente, prefería estar tranquilo en casa, viendo la televisión o disfrutando de una apasionante lectura.

No había nadie a la entrada. Solo el taquillero, que le atendió con gesto

de hastío mal disimulado. Pero lo más probable es que él tuviera la misma expresión, así que se olvidó de ello.

Miró la cartelera y torció el gesto. No parecía muy sugestiva. Dos películas: una policíaca y otra calificada como «drama». Pero menos daba una piedra.

Se metió en la sala de proyección. Ya había empezado la sesión, y en la pantalla se reflejaban las sombras en color de los fotogramas. De mala calidad, por lo que pudo apreciar el joven mientras buscaba una butaca en las sombras.

Era un drama romántico americano. Una de esas historias lacrimógenas que terminan empapándote los ojos ante los apuros de la amante pareja. Mientras escuchaba el diálogo apasionado y veía los rostros de los actores que encarnaban al dúo protagonista, frente a frente en la escena cumbre del film, con una dulce melodía como fondo, Brian también estuvo a punto de llorar.

¡Aquella película era malísima!

Pero, por lo menos, no le dejaba pensar en otras cosas más amargas. Y suponía que con la siguiente, siendo policiaca, pasaría lo mismo. Era casera, al menos, rodada en el Reino Unido. Aunque, claro, si era mala, poco importaba de donde fuera.

Cuando se encendieron las luces de la sala, mientras se preparaba la siguiente proyección, Brian supo que tampoco aquel film le gustaría, por bueno que fuese. No se encontraba en las condiciones apropiadas para ver una película.

Quizás si seguía con su paseo, podría autoanalizarse a sí mismo y sentirse mejor...

Se dispuso a salir, pero una voz le detuvo, desde el otro lado de la fila de asientos donde se encontraba. Una voz alegre y juvenil, que él no esperaba oír en aquel momento.

—Vaya, veo que no soy la única que se ha aburrido con la película. Debo ser menos romántica que una sopa de ajos. Si no, no lo entiendo.

—Rose... —reconoció a la joven que conociera aquella misma mañana —. Qué casualidad...

La muchacha se sentó a su lado. Le miró, divertida.

—¿Qué haces aquí, aburrido como una ostra, mi rubio compañero de clase? —sonrió, con los verdes ojos clavados en su rostro varonil—. Solo, viendo unas películas malísimas... Yo me moriría de asco.

—Es el primer cine que encontré —respondió Brian—. Estaba aburrido por la lluvia y decidí entrar.

—¿Lluvia? —Rose se dio cuenta entonces del gabán que el joven tenía en el brazo del asiento—. Vaya, hombre... Me pondré perdida.

Efectivamente, la muchacha no estaba preparada para caminar por las

calles en una tarde lluviosa. La corta falda tejana, que apenas cubría los tersos muslos, y la blanca blusa, no podrían protegerla del chaparrón pre-otoñal.

—Quizás para cuando salgas ya no llueva —sonrió Brian, sin poder evitar una miradita a las piernas bien torneadas, a los prietos muslos...

—Quizás... —se encogió ella de hombros, sonriente—. Pero me preocuparé de eso más tarde. ¿Por qué no vienes con nosotros, en lugar de estar solo? Estoy con varios amigos... —le guiñó un ojo—. Y amigas, por supuesto. Algunos son de la universidad.

—No, gracias —rehusó el joven—. De todas maneras, me iba a marchar ya...

—Vamos, hombre —insistió ella, agarrando su mano e intentando tirar de él—. No seas antipático; te presentaré a los demás. Debes ir conociendo a la gente, creándote amistades...

El joven se levantó. Vio, al otro lado del local, en unas filas más atrasadas, un grupo de jóvenes que miraban hacia allí.

—Lo siento, Rose —se excusó él, librándose de la mano de la joven—. Compréndelo... Ahora no tengo ganas.

—Oh, ya entiendo —sonrió Rose, comprensiva—. Estás en un mal momento... ¿verdad? Bert me lo contó todo esta mañana.

—Me lo imaginaba —asintió Brian, cogiendo su gabán—. Entonces, debes saber que estoy atravesando una crisis de personalidad. Eso me impide ser sociable en momentos como este.

—Bien, pero no puedo dejarte así... Si no puedes conocer a los demás, los demás te conocerán a ti. Yo haré que te conozcan.

Miró al grupo. Estos le hacían señas de que regresase. Ella, entonces, sonrió... y alzó la mano, despidiéndose alegremente.

—Vámonos —sugirió a Brian, tirando de él hacia la salida, ante la mirada atónita de sus compañeros—. Deprisa... ¿Qué esperas? Si quieres disfrutar de mi compañía debemos irnos antes de que esos reaccionen y vengan a buscarme.

Salieron del cinematógrafo. El joven se sentía desbordado por la personalidad arrolladora de su nueva compañera de curso. Fuera, seguía lloviendo a cántaros, cada vez más fuerte.

—Oh, Dios mío... —gimió ella, mordiéndose el gordezuelo labio inferior, enrojecido por un leve toque de carmín—. Quedaré hecha una sopa.

Brian le tendió su sobretodo, colocándolo sobre sus hombros y cabeza, saliendo después rápidamente a la calle. Ambos sintieron en sus rostros la frialdad de la lluvia, y la camisa del joven no impedía el paso del agua hasta su cuerpo, empapándole por completo.

—Pillarás un resfriado —sonrió Rose, quitándose el gabán—. Podemos

cubrirnos los dos con él.

—No entiendo por qué has hecho esto —dudó el futbolista, ingeniándoselas para que ninguno de los dos se mojase con ayuda del impermeable, rodeando los hombros de la joven universitaria con su brazo siniestro y haciendo que el sobretodo los cubriese.

Para sorpresa suya, ella pasó el brazo por su espalda, a la altura de la cintura, pegándose más a él. Brian sintió el contacto cálido y palpitante de aquel cuerpo joven.

—No bromeaba cuando te decía que estaba aburrida —suspiró ella, mientras caminaban por las calles de Cambridge, alejándose del cine—. Habíamos quedado en ir todo el grupo a ese local «para divertirnos un rato», y me entraban ya ganas de dormir, con esas películas tan asquerosas y el cerdo de William besuqueándome y metiéndome mano, como siempre. Cuando te vi, supe que había hallado mi tabla de salvación.

—¿Y cómo supiste que era yo?

—Muchacho, incluso sentado llamas la atención —sonrió con picardía la joven—. ¿Nunca te han dicho que estás hecho un buen mozo? No me digas que no, porque no me lo creeré.

—¿Te refieres a mí estatura? Hay mucha gente que mide metro ochenta...

—Me refiero a tu estatura, a tus hombros, a tu pecho, a tus bíceps... Eres un mastodonte.

—No sé si eso es un cumplido... o un insulto —sonrió Brian.

—En ti... una realidad, pero no en el sentido peyorativo —rio Rose—. Y, además, eres muy guapo.

Se metieron en un portal. La lluvia arreciaba cada vez más. No había un alma por las calles.

—Eso sí es un cumplido —rio el joven—. Pero algo debe tener de cierto, cuando me lo han dicho tantas mujeres.

La chica la miró con interés.

—¿Cuántas?

—Pues, si no llevo mal la cuenta... contigo son... quinientas.

—Exagerado... —rio ella—. Veo que, a pesar de todo, eres simpático. Quizás pase una buena tarde contigo, y no haya perdido nada.

—Pero... ¿de verdad es cierto que te aburrías allí? Parecía un grupo muy animado...

—Y lo es —asintió la joven, con una sonrisa irónica—. Ya lo creo que lo es. Ánimos no les faltan... Ni ganas de divertirse. Pero ya puedes imaginarte cómo.

—Pues... —tosió Brian—. Pues la verdad es que... no.

—No te hagas el tonto. Sabes perfectamente de lo que hablo.

—¿Quieres decir qué...?

Ella asintió con su morena cabeza. Brian quedó sorprendido por la franqueza y sinceridad de la joven. No se andaba con rodeos a la hora de decir las cosas.

—¿Tú... también?

La chica le miró, sin dejar de sonreír. La lluvia ya formaba riachuelos al lado de las aceras, que se precipitaban a las alcantarillas ruidosamente, con un rumor cada vez más intenso.

No respondió. Ni tampoco parecía dispuesta a hacerlo.

—Es curioso... —opinó—. ¿Te has dado cuenta? Nos conocemos desde hace unas pocas horas y ya hablamos como viejos amigos.

—Eso lo hace tu simpatía —suspiró el futbolista, mirando al exterior—. Eres una gran chica. Haces que me sienta bien.

—¿Somos amigos, Brian? —sonrió ella, tomando su mano—. ¿Buenos amigos?

El chaparrón se hizo más débil. Brian se puso de nuevo el gabán en los hombros y estrechó contra sí a Rose.

—Sí —respondió, con seriedad—. Lo somos, Rose. Muy buenos amigos.

* * *

—Yo de ti no haría demasiado caso a esa chica, Brian.

El joven futbolista dirigió una ojeada que pretendía ser inquisidora a su recién obtenido amigo, Bert Hawick. Ambos estaban sentados sobre la hierba del campus universitario.

—¿Por qué?

—Bueno, es un poco... casquivana, ya me entiendes. Solo piensa en divertirse. Y cuanto más, mejor.

—¿Y eso es malo?

—No, Dios me libre... Claro que no es malo —sonrió el joven—. Pero solo hasta cierto punto. Hay otras cosas, además de la diversión... Cosas tanto o más importantes que eso, que deben formar a una persona, madurándola.

—Si tú lo dices... —se encogió de hombros Brian, mirando las nubes algodonosas que cruzaban el cielo, empujadas por el viento, formando extrañas figuras en las alturas—. Yo, en cambio, vi algo más en ella, además de su simpatía, que resulta avasalladora. Algo que ahora mismo no te sabría definir, pero que me gustó, como toda ella.

—Eso que estás diciendo es muy grave, muchacho —no sonreía en absoluto su compañero—. Y te puede traer problemas, si se entera William.

—¿William? ¿Qué William?

—William Falsworth —aclaró Bert—: el tipo que va de cabeza por Rose Cunningam.

—He oído hablar de él —asintió Brian, recordando a la joven y bonita Rose.

—Pues guárdate de él —recomendó su amigo, con mucha seriedad—. Quiere a esa chica para él solito y es capaz de cualquier cosa para conseguir lo que desea. Después de todo, es hijo de sir Falsworth. Y tiene muchas amistades en la universidad.

—Creo que conozco a esa clase de tipos —sonrió con sarcasmo—. Pero no te preocupes. Procuraré no hacer nada para irritar a Falsworth.

—Cuidado, ahí viene Rose.

Brian giró la cabeza, sin levantarse. Efectivamente, tal como dijera Bert, Rose Cunningam se acercaba hacia ellos, caminando alegremente por el verde césped que rodeaba la universidad. Había ya poca gente en el centro, una vez terminadas las clases. Y, entre esa poca gente, se encontraban ellos.

—Hola, chicos —saludó, sentándose en la hierba, junto a ellos—. Vengo a arrancaros de las feroces garras del hastío. ¿Os parece bien?

—Una proposición así, siempre es bien venida —sonrió Brian—. Has llegado en buen momento. Precisamente hablábamos de ti.

—¿Bien o mal? —enarcó una de sus finas cejas la chica, sin abandonar su actitud risueña en ningún momento.

—Era un simple intercambio de opiniones —puntualizó Bert—. Solo eso.

—¿Y qué opináis los dos de mí?

—Más o menos... que eres adorable —sonrió el futbolista—. Franca y sencillamente, adorable.

Para incredulidad de ambos, ella enrojeció de repente. Los dos hombres se miraron, sin comprender el súbito rubor de sus mejillas. Bert se encogió de hombros.

—Vaya, eso es nuevo en ti, Rose —comentó con ironía el muchacho—. Te has ruborizado.

Brian sintió la mirada de la chica. Sus ojos se encontraron durante unos instantes, pero ella bajó la vista con premura.

—En el fondo, y aunque no lo creas, soy una romántica incurable —rio la joven, nerviosa—. Lo que sucede es que no quiero que nadie lo sepa.

—Yo te creo, Rose —afirmó Brian—. Te creo.

CAPÍTULO III

—Rose... —les sobresaltó de repente una voz, seca y dura, llegada de sus espaldas—. He estado todo el día buscándote. ¿Dónde te habías metido?

Brian se percató de la tensión que se había apoderado de la joven al oír aquello y se volvió. Su mirada tropezó con una alta y enjuta figura, de fría expresión y lacio pelo negro, de rostro afilado y delgado, que no le gustó absolutamente nada.

La chica sonrió con sorna, mientras miraba a los dos jóvenes.

—Estuve aquí, con estos amigos —respondió, con evidente hostilidad—. ¿Te importa, William?

—¿Amigos? Ah, ese debe ser Crawford, el jugador de fútbol con el que te fuiste ayer, dejándonos plantados.

—Es amigo mío, William —explicó ella, sin apartar su mirada del jugador del Britain—. Un gran amigo, por cierto.

—Si le conociste ayer... —rio con dureza el universitario—. No me vengas con tonterías.

—No lo son, William. Pero no creo que lo comprendieras. Ni tengo por qué darte explicaciones de mis actos.

—Bueno —suspiró él—. Cuando te canses de ese nuevo caprichito, me llamas. No creo que tardes mucho, así que estaré entrenando mientras tanto.

Se marchó sin despedirse, seguro de sí mismo, hacia el otro lado del campus.

—Ese cerdo... —masculló Rose, irritada—. Pero esta vez se va a enterar. Ya estoy harta de él.

—Sí, no parece un sujeto muy simpático —opinó Brian, torciendo el gesto.

—Es un ruin y despreciable canalla. Se cree el mejor, cuando solo es un estúpido petimetre de tres al cuarto —escupía las palabras como si amargasen—. Piensa que soy suya, pero está muy equivocado. Yo no soy de nadie, salvo de mí misma.

—Si opinas eso de él... ¿Por qué continúas saliendo con su grupo?

Rose miró al joven Bert, el que había hecho la pregunta. Tenía las mandíbulas apretadas, a punto de rechinar por la ira sus dientes.

Pero tampoco esta vez respondió, aunque era evidente que parecía a punto de hacerlo. Pareció pensárselo mejor y cambió de tema.

—Dejemos de hablar de mí —suspiró, tratando de calmarse—. Mis

problemas no tienen importancia. Pueden solucionarse con facilidad.

Sonrió con cierta amargura.

—Bueno, si me perdonáis, me tengo que ir —dijo Hawick—. Me está esperando una chica y no quiero dejarla plantada.

—Suerte —le deseó el futbolista, mientras su nuevo amigo se marchaba, saliendo de la universidad, para después volverse hacia la joven Rose—. ¿Tienes algún compromiso para esta tarde?

Ella negó con la cabeza, lentamente, poniéndose en pie al mismo tiempo. Brian la imitó, sacudiendo sus pantalones.

—Entonces, te invito a que me enseñes la ciudad —sonrió—. Soy nuevo aquí y puedo perderme cualquier día por las calles de Cambridge.

La sonrisa volvió al rostro de la joven. Asintió.

—¿Por qué has venido a esta universidad? —preguntó después—. El fútbol es una profesión muy bien remunerada.

—¿No te lo explicó Bert?

—El solo me dijo que tenías una lesión, provocada por un salvaje que se hacía pasar por espectador. Nada más.

—La cosa es más grave que eso: ya no puedo volver a jugar. La lesión me dejó tarada la pierna. Ahora mismo, me sería imposible ir detrás de un balón. Por eso estoy aquí, continuando los estudios que dejé hace unos años.

—No lo sabía —se apenó ella—. Lo siento. La verdad es que nunca me ha gustado el fútbol. Lo único que sé de ello es que consiste en dar patadas a una pelota.

—Pues, en realidad, el fútbol es eso —rio el joven—. Hay otras reglas, claro, pero son simples matizaciones: la falta, el penalti, los saques de esquina, fueras de juego... Pero lo importante es colar el balón en la portería contraria.

—A ti te gusta mucho... ¿verdad?

—Me muero de ganas por tener un cuero en los pies —suspiró Brian, sonriendo—. Creo que eso es lo único que sé hacer. Me he pasado toda la vida en el césped. Y ahora, incluso eso es ya un sueño para mí.

La chica se mordió el labio inferior.

—Pero, esa lesión... ¿No puede curarse?

—Oh, sí —rio el joven—. Claro que se curará. Pero... ¿Cuándo? Ni siquiera los médicos lo saben. Deben endurecerse los tendones, con el tiempo y el ejercicio.

—¿Ejercicio? Entonces... ¿Por qué no practicas?

—Me he dado cuenta de que no sirve de nada. No tengo ninguna garantía de que siga siendo un as del balompié al curarme. Ni siquiera de que no volverá a pasarme lo mismo. Prefiero algo más seguro.

—Pero... ¿practicarías si pudieras?

Los ojos de la muchacha brillaban de modo extraño, casi con felicidad.

—Pues... sí —respondió Crawford—. Si hubiera algún sitio donde practicar, qué duda cabe. Aunque sería penoso y duro, pero lo intentaría. Siempre que no tuviese que renunciar a los estudios.

—Entonces, ya puedes comenzar a mentalizarte —sonrió, radiante, Rose—. En la universidad tenemos un campo de fútbol. Pequeño, eso sí, pero puede servir.

—¿Un campo de fútbol...?

—Sí. Hasta ahora no me había interesado su existencia, pero ahora me alegro de que esté ahí. Cada año se hacen partidos entre diferentes cursos. E incluso contra otras universidades. Precisamente ahora deben estar entrenando los de nuestro curso, o creando el equipo, no sé...

* * *

Rose dijo la verdad.

Brian Crawford contempló emocionado el rectángulo de césped, rodeado por una valla de metal, que era el campo de fútbol de Cambridge's University. El viento agitaba las mallas de las porterías, mientras algunos jóvenes hacían ejercicios en el césped, ataviados con chándales.

—William es el entrenador, además de jugar en los encuentros —le informó ella, sin demasiado entusiasmo en esta ocasión—. Imagino que no te dejará jugar en el equipo...

—De todas maneras, ahora me es imposible —sonrió el joven—. No podría. Me conformo con que me dejen hacer ejercicio, o me presten un balón.

—Por eso no hay problema.

La chica se alejó durante unos momentos, en dirección a los vestuarios. Brian sintió que le hervía la sangre al descubrir que Falsworth seguía con la mirada a Rosemary. Su sonrisa era la de una hiena libidinosa.

Pero ella no pareció darse cuenta. O disimuló muy bien. Poco después, regresaba con una pelota blanca y negra en las manos, mirándola con orgullo al tendérsela.

Brian descubrió la firma de un gran jugador británico grabada en el cuero plastificado. Y las iníciales de la FIFA, garantizando la calidad de aquella marca.

—Bert dijo que eras un malabarista con la pelota —le guiñó un ojo la joven—. ¿Es cierto eso?

—Me defiendo.

Puso el balón en el suelo, pisándolo suavemente después, para alzarlo a continuación con la puntera de goma de su calzado deportivo y controlarla en el aire con el empeine, impidiendo que tocara el suelo. Comenzó a andar, sin dejar de tocarla en el aire con los pies, botándola mientras

cambiaba una y otra vez de pierna a cada paso.

—¿Cómo es que puedes hacer eso? —se sorprendió ella, mirándole con incredulidad mientras seguía dominando el cuero—. Yo creía...

—La lesión no me impide hacer estas cosas —sonrió él, rasando el balón y pasándolo—. Son solo malabarismos, como bien dijiste, y es algo que sale incluso sin querer. Lo que no puedo hacer es correr, por miedo a que la lesión se haga mayor. Sin embargo, esto es fácil...

Volvió a elevar el balón. Este, en el aire, hizo una parábola y pegó en su frente, quedándose allí al rebotar en ella y volver a caer. El control que tenía el joven sobre la pelota era absoluto. Durante más de tres minutos, estuvo haciendo juego aéreo con su frente, ante la sonrisa cada vez más amplia de Rose Cunningam, hasta que la cogió con ambas manos para pararla.

—Estoy segura de que podrías volver a jugar —afirmó la joven, acercándose a él—. Sé que eso te haría feliz... ¿no es así?

Brian cabeceó de arriba abajo, respondiendo afirmativamente. Su mente, en aquellos momentos, estaba llena de recuerdos. Recuerdos no muy lejanos, pero que parecían tan inaccesibles...

Los colores del Britain estaban siempre presentes en su cerebro, como algo imborrable, que permanecería allí el resto de su vida.

—Entonces, inténtalo —oyó la voz de Rose—. Puedes conseguirlo... Sé que puedes conseguirlo.

—Me faltaría voluntad —arguyó débilmente el joven—. No estoy seguro de poder conseguirlo. No sería capaz...

—En ese caso... te ayudaré —aseguró ella, con el ceño fruncido y la determinación en su bonito rostro.

—No —rechazó él, con una sonrisa de agradecimiento—. Ya tienes bastantes problemas personales que resolver, para cargarte otro a las espaldas. Lo agradezco, pero no.

—Ya está decidido —continuó con tozudez la chica—. Ni tú ni nadie me hará cambiar de idea. Además, necesito pensar, poner algo de orden en mis pensamientos, ahora caóticos, reordenar mi vida... Y creo que de esa manera, conociendo a fondo otro estilo de vida, muy distinto al que ahora llevo, puedo conseguirlo. Así que, por favor, no lo consideres como caridad. Me harás mucho bien con ello. Quiero ayudarte.

Brian aspiró profundamente, sintiendo la turbadora mirada de Rose. Apenas se conocían y ya sentía crecer algo inmenso y maravilloso dentro de su pecho. Pero no podía estar seguro de nada.

¿Sería ella el utópico «número quinientos» que buscaba? ¿O acaso no era más que otra ilusión, que desaparecería, volatilizándose como humo, en cualquier momento?

—¿Ayudarle? ¿A qué?

Volvió a la realidad con brusquedad, al oír aquella voz odiosa. William Falsworth estaba allí, ataviado con un chándal, mirándoles con burlona sonrisa.

—¿Y a ti qué te importa? —se enfadó Rosemary—. Es cosa nuestra.

—Vamos, vamos, Rose... —sonrió el hijo de sir Falsworth—. No seas desagradable. Soy tu amigo... ¿Recuerdas? Y con los amigos no debe haber secretos. Es lo que tú misma dices siempre.

—Me parece. William, que nuestra amistad se ha terminado —sentenció ella, con el rencor lanzando destellos en sus ojos—. Vámonos, Brian. Este lugar apesta.

El joven prefirió no comentar nada. No deseaba enemistarse con nadie, llevando tan poco tiempo en aquel lugar. Pero, por la mirada que le dirigió Falsworth, supo que ya tenía un adversario.

—Ya veremos qué opinas más adelante, ramera asquerosa —rio sin poder contenerse el entrenador de aquel equipo *amateur,* insultando sin remilgos a la muchacha—. Te conozco bien y sé que vendrás pronto a mí, con la cabeza agachada. No aguantarás mucho con él, Rose. Recuerda mis palabras...

Siguió riendo. Brian procuró dominarse, resistiendo sus impulsos de saltar sobre aquel individuo tan vil y despreciable.

Una vez más, se preguntó qué era lo que uniría a aquella chica con el sucio Falsworth. Y ninguna respuesta vino a su mente.

Se alejaron. Rose tiraba de él. Le arrastraba casi, mientras caminaban hacia el exterior del recinto amurallado que era la Universidad de Cambridge.

Brian vio lágrimas de furor y rabia pugnando por brotar de los enrojecidos ojos verdes de Rosemary. Sintió una rabia sin límites al sujetar por el brazo a la muchacha y obligarla a parar.

Ella se volvió. Sus ojos estaban húmedos. Parecía a punto de estallar.

—Me aguantaré esta vez —silabeó Crawford, con la cólera temblando en su boca—. Pero si vuelves a llorar por su causa, si vuelve a hacerte daño con su apestosa boca, le romperé la cabeza. Te lo juro.

Rose se pegó a él con fuerza, abrazándole, pegando su cara al pecho del joven, mientras sollozaba, sin poder remediarlo. Brian encajó las mandíbulas, acariciando su pelo negro para tranquilizarla.

Ni siquiera intentó preguntar nada. Sabía que no obtendría respuesta.

* * *

Rose estaba preciosa aquella tarde.

Realmente preciosa. Y Brian no podía negarlo. Al contrario, cuando la vio, en el lugar donde quedaron citados, quedó boquiabierto, sin poder dar crédito a sus ojos.

En ese momento, Brian dejó de pensar en Rosemary Cunningam como en una chiquilla simpática. Supo, entonces, que era una mujer. Toda una mujer.

Nadie podía negarlo. Ni los demás transeúntes que en aquel momento pasaban por allí, ni él mismo.

Caminaba hacia él, con aquella cálida sonrisa que le hechizaba flotando en sus labios de un rojo vivísimo, casi agresivo, con los negros cabellos golpeando su espalda y hombros, como una cascada de ébano sobre la turgencia marmórea de su piel. Un vestido azul celeste ceñía su espléndido cuerpo, resaltando todos y cada uno de sus encantos, desde el busto exuberante y sorprendentemente erecto, cuyo nacimiento podía verse sin demasiadas dificultades por el amplio triángulo de su escote, hasta las provocativas caderas, donde se abría la falda para dejar ver unos muslos macizos, y la breve cintura.

—¿Sorprendido? —preguntó con picardía, al llegar a su altura. Sus ojos eran lagos de un irreal fuego verdoso.

—En cierto modo... sí —sonrió el joven, sin dejar de mirarla, con la admiración en sus ojos, sin poder evitar que algunos pensamientos libidinosos cruzasen por su mente—. Esperaba que vinieras así, pero nunca pensé... que estuvieras tan bella.

—La verdad es que no sé por qué me lo he puesto. Cualquiera que nos viera, pensaría que vamos a alguna fiesta de la alta sociedad, en lugar de a un recorrido turístico.

—Aprovecharemos para cenar en algún restaurante caro, en el que no desentonemos —rio Brian—. Y no te preocupes por el dinero. Hoy es una noche especial para mí. Te lo aseguro.

—¿Por... mí?

—Sí, Rose —asintió el joven, alzando la mano a un taxi para que parase—. Por ti. Quiero celebrar que te he conocido. Y por todo lo alto. Puedo permitirme el lujo y lo haré. Esta noche debe ser maravillosa para ambos.

—Lo será, Brian. Estoy segura de eso.

Montaron en el taxi. Brian, en ese momento, pudo disfrutar de la maravillosa visión de unas piernas de seda, sin medias ni pantys que enturbiasen su naturaleza, al entrar ella en el vehículo. Sonrió para sus adentros, encandilado por el influjo enloquecedor de la morena Rose, y él también se metió en la parte posterior, junto a la mujer.

El automóvil, poco después, rodaba a moderada velocidad por las calles de Cambridge, sin rumbo fijo. Brian estaba dispuesto a pagar lo que fuera, a gastar todo lo necesario, para que aquella noche fuera inolvidable.

Y lo fue.

Mientras iban dejando atrás edificios de todas clases y alturas, calles,

barrios enteros... Brian se dio cuenta de que no le importaba todo aquello, que era totalmente trivial el festival de luz y color que era la ciudad cuando la noche caía sobre ella, que sus problemas ya no importaban... No podía apartar la mirada de Rose. Le era imposible.

Y a ella le pasaba lo mismo. De repente, parecía sumergida en turbios pensamientos. Pero le miraba a él.

Sus ojos se encontraron. No dijeron nada. Ni una palabra. Tampoco hacía falta.

Brian rodeó los hombros alabastrinos con su brazo. Quedaron muy cerca el uno del otro, casi rozándose.

Sus labios se encontraron en un beso dulce, intenso, lleno de amor. Las mejillas de Rose se encendieron, y Brian sintió su calor, la palpitación de su cuerpo mórbido, pegado al suyo durante el cálido abrazo.

Ella se estremeció entre sus brazos, conteniéndose, procurando dominarse. Pero colaborando en la caricia, alterada su respiración, ávidos de amor los labios.

Cuando se separaron, ella temblaba de gozo y su bonita cara estaba teñida de rubor. Tenía los ojos cerrados y las manos sujetaban su pecho desbocado, sus senos estremecidos...

Brian acarició su rostro y cabello con la siniestra. Ella cogió su mano y suspiró, los ojos entornados, reaccionando como lo haría una gatita mimosa.

—Amor mío... —dijo—. Ahora no... Después... Por favor, me estoy excitando... demasiado.

—Sí, después... —admitió con voz ronca el joven—. Después...

Bajaron del taxi alrededor de las nueve de la noche, pagando el joven las casi tras horas de viaje que habían estado dentro, en silencio casi todo el camino. Y, acto seguido, entraron en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad, donde fueron amablemente atendidos por un *maître* muy servicial que les reservó una mesa algo retirada de las demás, llena de intimidad. Por lo demás, la luz no era muy intensa en el restaurante, creando un clima romántico que envolvió a los dos jóvenes.

—Oh, Brian... —sonrió ella, emocionada—. Soy muy feliz, de verdad. Jamás lo había sido tanto...

—Ni yo, Rose —aseguró el joven futbolista—. Me siento feliz a tu lado. Muy feliz.

—Pero... apenas nos conocemos. Es imposible que...

—¿Qué te ame? —Brian cogió las cálidas manos de Rose—. Yo también lo creía así. Pero ahora estoy seguro.

—Por favor... —bajó la mirada ella—. No hables así... Esto no puede ser realidad. Debe ser un sueño. Solo un sueño... que se esfumará, rompiéndome el corazón, como siempre.

—No es un sueño, Rose. Te quiero con toda mi alma, aunque solo nos hayamos visto un par de veces. Y si mi amor es real, Rose, el tuyo también puede serlo.

—Hablemos de otra cosa, Brian —sonrió la joven con amargura, casi con dolor—. Espera aún...

—Entonces... hablaremos de ti.

—No —se apresuró a negar ella con rapidez, sacudiendo su negra melena ensortijada—. De mí, no. Es mejor que no conozcas nada de mí, Brian. Si ese amor que dices sentir es verdadero, no quisiera que se desmoronase. Hablemos de ti, de tu pasado... De tu futuro...

La mirada gris metálica del joven reflejó preocupación. Pero él no comentó nada. No quería romper aquella atmósfera idílica que se respiraba. No aún.

—Como quieras —accedió—. No sé nada de ti, pero... no creo que eso importe en demasía.

—Yo tampoco sé nada de ti —sonrió Rose con dificultad—. Solo que eres un futbolista con vocación de psicólogo. Y un chico maravilloso.

—¿No es suficiente?

—Imagino que sí —suspiró ella—. Sí, creo que es suficiente. No hace falta nada más.

La cena les fue servida al instante, tal como pidieron nada más entrar, al escoger en la carta. Una cena no muy abundante, esa es la verdad. Pero tampoco tenían mucho apetito.

Brian puso las manos sobre la mesa. Rose todavía no había comenzado a comer. Los dos estaban pensativos.

—Rose... —musitó de pronto—. ¿Tú me amas? Dime la verdad, por favor.

Ella cerró los ojos con fuerza, como si aquello la doliera.

—He sufrido mucho, Brian... Más de lo que podrías imaginar. No quisiera sufrir otra vez. No por amor. ¿No podríamos ser, simplemente... amigos?

—Te entiendo, Rose —asintió el joven, sin poder remediar que la decepción se hiciese evidente en sus facciones—. Está bien, esperaré. Todo lo que sea necesario.

—Esto... no alterará tus planes... ¿verdad? Deseo ayudarte. Por tu felicidad. Por la mía...

—Por nada del mundo renunciaría a estar a tu lado —afirmó Brian—. No ahora, que tengo un motivo para recuperarme, para luchar, para vencer...

* * *

—¿Nos veremos... mañana? —preguntó Rosemary, cuando llegaron

ante el piso de alquiler donde vivía el jugador del Britain.

El taxi que les había llevado esperaba, y a su conductor no le importaba que ambos jóvenes se hubiesen bajado. El contador electrónico, después de todo, seguía en marcha.

—Sí, Rose —fue la respuesta de Brian Crawford. Sus manos estaban entrelazadas, como fundida la carne con la carne—. Necesitaré tu ayuda en los entrenamientos. Y tus ánimos...

De repente, ella se abalanzó sobre el joven, con lágrimas en los ojos, para besarle con auténtico frenesí, con avidez casi.

—Oh, Brian... —jadeaba, buscando sus labios como enloquecida, ebria de pasión—. Brian... Brian... Te quiero... ¡Te quiero!

—Amor mío... —sonrió, sin poder creer en tanta felicidad, sintiendo en su cuerpo el roce incandescente de Rosemary, el contacto de aquellos labios turbadores—. Rose...

Se separó de ella con delicadeza, para pagar al taxista y ordenarle que se marchara. Los ojos de la chica brillaban en la oscuridad, llenos de una luz nueva.

Subieron hasta su piso, sin hacer ruido. Y, nada más cerrar la puerta, ella se colgó de su cuello, reanudando su amoroso ataque, sin recato alguno ya, sin importarle absolutamente nada.

La diestra de Brian se hundió en el escote del vestido, aferrando la carne ardorosa de la joven, acariciando sus pechos como si en ello le fuera la vida, obteniendo como premio los suspiros cada vez más profundos de Rose, sus escalofríos de goce, que incluso él llegaba a sentir, como si sus dedos estuviesen electrizados.

Ella colaboró quitándose el vestido, dejando que este cayera al suelo. Debajo, no tenía absolutamente nada. Ni una pequeña prenda íntima. Ni la más mínima.

—Cariño... —gimió, trémulos los labios, dejándose caer al suelo—. Estoy encendida... Te necesito.

El joven no se lo hizo repetir. Pero, mientras se desnudaba a toda prisa, preguntó:

—¿De verdad lo deseas? ¿No te arrepentirás?

—No, mi amor —susurró Rose, levantándose ligeramente con los codos—. No me arrepentiré. Jamás.

Poco después, los dos estaban en el suelo, entregándose, exacerbados por el furor de sus caricias, por la lubricidad que producían con su solo contacto en el otro, sintiéndose dichosos por completo. Ella rodeaba la cintura del joven con sus muslos, moviendo las caderas con un continuo vaivén que hacía más profundo aún el contacto sexual, acariciando la ancha espalda, casi clavando sus uñas en ella.

—Así... —chilló, sintiendo la llegada del orgasmo como algo

avasallador, inminente, que la inundaba de placer hasta la locura, crispándola, haciéndola agitarse como si la estuviesen matando—. Así, mi vida... Sigue... ¡Sigue! Aaaah... Ya... Yaaaa...

Algo estalló dentro de ella, haciéndole gritar de puro gozo, aplastada contra el cuerpo de titán de su rubio amante, con los ojos en blanco, sin ver, sin oír nada.

CAPÍTULO IV

Desde aquel día, Brian Crawford comenzó sus ejercicios de recuperación, para conseguir cuanto antes lo que parecía imposible.

Era feliz.

Muy feliz. Jamás lo fue tanto.

Con Rose Cunningam a su lado, esforzándose casi tanto como él, ilusionada incluso, como si aquello significase el principio de una nueva vida para ella, Brian no podía pedir más a la vida.

Lo demás, lo haría su esfuerzo, su voluntad... Era lo único que necesitaba, teniendo a aquella chica maravillosa junto a él.

Sudó como nunca en su vida. Sufrió lo indecible, llegando en ocasiones al dolor. Pero no se amilanó.

Debía conseguirlo...

¡Debía hacerlo!

Poco a poco, a medida que pasaban los días, las semanas... notaba más fuerte su pierna derecha. Su cojera se hizo aún más leve, casi imperceptible. Y, solo por eso, valía la pena el sudor derramado, los punzantes dolores, el cansancio que a menudo castigaba sus músculos.

Los ejercicios eran duros. No solo tenía que fortalecer los tendones de esa pierna. También debía recuperar el fondo físico que había perdido en todos aquellos meses de vida sedentaria tras la alevosa agresión.

Rose a menudo sufría viéndole dolorido, cansado... Pero después, ante el gesto de triunfo del joven, se sentía feliz como unas pascuas.

Como bien dijera en otra ocasión, ahora tenía un motivo para luchar. Y no renunciaría a él.

* * *

—Debía estar loco cuando accedí a venir con vosotros —gruñó Bertrand Hawick, sudoroso—. Esto no es para mí.

Brian sonrió, sin dejar de correr a ritmo de *jogging.* Rose, envueltas sus formas sensuales, de mujer en plenitud, por un chándal, también corría. Estaba llena de sudor y acalorada, con los cabellos recogidos en la nuca por una cinta, para que no molestasen.

—No te quejes —resopló ella, tan hermosa como siempre a pesar de todo, con la frente perlada de sudor—. Todos estamos como tú. Incluso Brian. No está recuperado y debemos ayudarle, si quieres que el Britain sea el campeón de la Liga este año.

—Hombre, tampoco hay que exagerar... —rio Brian—. El Britain es un gran equipo. Puede perfectamente ser campeón este año sin mi ayuda. Yo solo era uno más.

—Sin embargo, había quien decía que el año pasado no ganó debido a tu lesión.

—Yo no diría tanto...

—Estoy segura de que este año lo conseguiréis —jadeó Rose, sonriente, dejando de correr, agotada.

—Es posible —se encogió de hombros el joven, parando también—. Y me gustaría formar parte del cuadro. La verdad es que me siento vacío sin mi amado Britain...

—No te preocupes —sonrió Bert—. Estarás. Avanzas mucho en tu lesión. Creo que dentro de un par de meses, cuando empiece la Liga, estarás totalmente recuperado.

El joven le agradeció su comentario con una sonrisa y miró a Rose, que intentaba recuperar el aliento, con dificultades, las manos en las caderas, en jarras los brazos.

—Es extraño el cambio que se ha producido en ti —comentó Bert, observándola también. Ella fijó sus verdes y hermosos ojos en el universitario, interesada—. En poco más de tres semanas, pareces una chica distinta.

—¿Por qué lo dices? —abrió mucho los ojos la joven, sentándose en el asfalto gris oscuro de la carretera, viendo que por allí no pasaba ningún automóvil.

—Sabes perfectamente el porqué —sonrió con ironía Bert—. Desde que vas con Brian, has cambiado. Nunca antes te vi como ahora, tan sencilla... ni tan feliz. Si eso lo ha hecho Brian, me alegro por los dos.

—Tonterías —exclamó Brian—. Rose siempre ha sido así: simpática, alegre...

—Eso no es cierto —negó el joven—. Era solo una imagen... ¿No es cierto, Rose?

Ella no respondió. Solo miró a Brian, con una tímida sonrisa. El joven supo enseguida que era mejor no seguir con aquella conversación.

—¿Estás cansada? —preguntó, acercándose a ella.

—Un poco —sonrió la joven—. En cambio, tú estás fresco como una rosa. Y me alegro, porque eso es bueno.

—Sí, voy recuperando fondo, aunque a veces siento tirones en la ingle, señal de que todavía no estoy bien. Sin embargo, esto no me servirá de nada si no comienzo a entrenarme para jugar.

—Podrías formar parte del equipo de clase —opinó Bert—. Así te irías acostumbrando de nuevo. No es como el campo del Britain, desde luego, pero serviría.

—Sí, podría...

Brian y la mujer intercambiaron una mirada de duda. En sus ojos quedaba bien claro que ambos no creían que eso fuera posible. Había alguien en el equipo que no lo consentiría.

—Pero William no te dejaría —movió la cabeza con desaliento ella—. Estoy segura.

—De todas maneras, lo intentaré.

—Y, mientras tanto... ¿por qué no empezamos aquí mismo? —sonrió Hawick, señalando al frente—. Te vendría muy bien.

Brian sonrió al ver lo que el universitario compañero suyo señalaba. A no mucha distancia, unos muchachos jugaban al fútbol, con un balón de reglamento, sin árbitro y con unas piedras como porterías.

—No creo que pongan inconvenientes a que juegues —le animó, golpeándole amistosamente en el hombro—. Sobre todo, si no te reconocen.

—Probemos...

Y caminaron hacia allí, hacia aquel pequeño grupo. Para Brian aquello significaba mucho. Serviría para tener una idea de su condición física, aunque fuera en un lugar pequeño y con chicos de catorce a quince años.

Pero la última palabra no la tenía él.

* * *

La respuesta de William Falsworth a su petición fue escueta y agria como pocas. Y desalentadora también.

—Lo siento, Crawford —sonrió sarcásticamente el universitario—. Usted no se encuentra en condiciones de jugar. Y nosotros no podemos permitirnos el lujo de poner a un lisiado en el equipo. Este año queremos ganar y me teme que lo único que haría sería estorbar, dada su condición actual.

—Su condición actual es perfecta, William —replicó Bert, apoyando al joven futbolista—. Quizás no esté al cien por cien, pero es un gran jugador.

—No dudo que lo sea. Lo ha demostrado muchas veces. Y sé que nos puede marear con un balón en los pies. Créeme que me gustaría que estuviese. Sería el revulsivo que necesitaría el equipo para ganar la Liga de la universidad, pero sería inútil meter un cojo en estos momentos.

—Pero...

—Déjalo, Bert —ordenó con voz ronca el joven, poniendo una mano en su hombro—. Creo que su respuesta ha quedado bien clara. Pero sus motivos no me han convencido. Cualquier otro entrenador, aunque sea de un equipo *amateur,* me habría permitido hacer una prueba, cuanto menos, para saber cuál es mi estado. Pero a Falsworth, al parecer, no le conviene que yo la haga.

—No hace falta tal prueba —aseguró Falsworth—. Según los médicos, su lesión no tenía curación a corto plazo. Y han pasado solo unos meses desde que eso ocurrió.

—No sé dónde habrá leído eso, Falsworth. Pero sea donde fuere, es mentira. Lo único que exigía mi lesión era voluntad y ejercicio.

—Si tan bien dice encontrarse... ¿Por qué no regresa a su club?

El gesto de William Falsworth, entrenador, delantero centro y capitán de aquel equipo, era de ironía. Y sus palabras pretendían herirle.

—No le caigo simpático... ¿verdad, Falsworth? —preguntó entre dientes Brian—. Es evidente que no nos llevamos bien. Y todavía no conozco el motivo, aunque lo intuyo. ¿Es por Rose?

—Ha dado en el clavo, Crawford.

—Sí, claro. ¿Qué otro motivo podría haber? Me desprecia por ella. Porque ambos nos hemos convertido en amigos de la noche a la mañana, cosa que él no ha logrado. ¿Lo entiendes, Bert?

—Creo... que sí —asintió el aludido—. Lo comprendo.

—Pues yo, francamente, no. Ella no le pertenece...

—Se equivoca —William seguía sonriente—. Rose sí me pertenece. Vaya haciéndose a la idea, Crawford, de que, tarde o temprano, ella le dejará y volverá a mí. Y eso no tardará mucho en producirse.

Y, sin añadir nada más, se marchó. Era ya la hora de clase y no pensaba perderla por aquel par de idiotas. Los dos jóvenes se quedaron en pie, inmóviles, viéndole marcharse con la animosidad en sus ojos.

—¿Por qué habrá dicho eso?

Brian continuó mirando como los alumnos de la Universidad de Cambridge entraban en el centro para comenzar las clases. Docenas y docenas de alumnos se dirigían al interior de la histórica universidad para aumentar sus conocimientos y usarlos en un futuro no demasiado lejano.

—Me gustaría saberlo, Bert —respondió el futbolista—. Ya lo creo que me gustaría.

—¿Entramos?

—Yo no —negó el joven con premura—. No tengo ganas de aguantar otro rollazo. No hoy.

—En ese caso, yo tampoco entro —sonrió Bert—. Llevaba días pensando en no asistir. Pero, como sabía que me aburriría yo solo...

—Pues hoy no estarás solo —suspiró el joven—. Si tienes preferencia por algún lugar al que ir, llévame. Siempre que estemos aquí cuando terminen las clases.

—¿Qué pretendes?

—Jugar en el equipo —respondió Crawford, muy serio—. Solo eso.

—¿Por qué no vuelves con el Britain, Brian? Ya estás perfectamente.

El joven aspiró profundamente antes de responder.

—Quiero estar seguro, Bert. Seguro de mí mismo, seguro de Rose... Seguro de todo lo que realmente quiero, antes de dar ese paso. No deseo que todo se venga abajo de nuevo por mí precipitación.

—¿Amas a Rose?

El joven asintió, mientras caminaban, saliendo del recinto universitario.

—¿Y ella lo sabe?

Nuevo asentimiento.

—Entonces, no veo el problema por ninguna parte —sonrió Hawick, sin comprender—. Está claro que ella te quiere. Ha cambiado mucho gracias a ti.

—Lo sé. Pero me preocupan las palabras de Falsworth. Y su seguridad al pronunciarlas.

—Pues haces mal —opinó Bertrand—. Son «faroles». Esa chica está loca por ti y no regresará con ese estúpido.

—Quisiera estar tan convencido como tú...

* * *

—¿Quiere formar parte del equipo de su clase? —se sorprendió el rector de la universidad, mirando al joven con sus ojillos de pez, tras los cristales de sus gafas metálicas—. Para eso no tenía por qué dirigirse personalmente a mí, sino decírselo a su entrenador.

—Ya lo hice, señor —aseguró Brian—. Pero no quiere aceptarme en el equipo.

—¿Qué no quiere...? —Infinidad de arrugas aparecieron en su frente, como signo de preocupación—. Eso es muy irregular. Cualquiera que lo desee puede formar parte de la plantilla. Que luego salga o no al terreno de juego queda a disposición del entrenador, pero pertenecer al equipo nadie se lo puede impedir. Si usted es alumno de esta universidad, tiene ese derecho.

—El entrenador alega mala condición física... Pero mi lesión en la pelvis ya no constituye un impedimento.

—Entonces, puede inscribirse como jugador de su clase —sonrió el rector—. Lo único que debe hacer es informar al profesor de gimnasia, que es el encargado de estas cosas y entrenador de nuestra selección.

* * *

—¿Brian Crawford? —sonrió Timothy Evans, el profesor de gimnasia y deportes de la universidad, al día siguiente, cuando el joven se presentó ante él, perdiendo de nuevo una clase—. Hay un jugador de fútbol que se llama exactamente igual...

—Lo sé —afirmó con cierta ironía—. Soy yo.

—¿Usted? —enarcó una ceja el buen hombre, sorprendido—. ¿Es usted Crawford, el jugador del Britain?

—Así es.

La mirada del alto y atlético maestro se posó en la pierna derecha del joven, significativamente.

—Está mucho mejor —sonrió Brian—. Todavía quedan secuelas de la lesión, pero puedo jugar. Y por eso, precisamente, quería hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿Y qué puedo hacer por usted, amigo mío?

—Mucho más de lo que se imagina. Estoy cursando estudios en esta universidad y quiero entrar en uno de los equipos.

Evans pareció comprender.

—¿Le han cesado del Britain?

—Digamos... que estoy en fase de recuperación y quiero estar seguro de que puedo volver al equipo —puntualizó Crawford—. Deseo comprobar si continúo siendo el mismo en un rectángulo de juego.

—Lo entiendo —cabeceó el profesor—. Cuente con mi ayuda incondicional. Desde este momento, puede considerarse como uno más de los jugadores de Cambridge. Y, si ha recuperado sus facultades, no dudaré en meterle en nuestra selección.

—Gracias, señor —le tendió la mano el joven, apretando la suya con calor—. No sabe el bien que me ha hecho.

—Todo es poco para un hombre como usted, Crawford, que ha demostrado tantas veces su valía en el rectángulo de césped. Espero volver a escuchar sus goles dentro de poco, en el cuadro verdigrana.

—Yo también lo espero —se despidió, dejando a Evans con sus alumnos, en el gimnasio, para salir de allí.

En el exterior, le esperaba Rose, para su sorpresa. La joven, al verle salir, se acercó con rapidez, interesada.

—Sabía que te encontraría aquí —sonrió encantadoramente, colgándose del brazo derecho de Brian—. ¿Te han admitido?

—Sí —respondió el futbolista, contento—. Y no me han puesto pegas. Ese estúpido de Falsworth se tendrá que comer sus palabras.

Miró a Rose. Ella también parecía contenta por él. Pero había algo extraño en sus ojos. Una sombra indefinible, que enturbiaba su alegría.

—¿Por qué no has asistido a clase?

—Quería verte —contestó ella, muy queda, sin mover apenas los labios —. Me siento mal cuando no estás cerca. Muy mal. Incluso cuando estamos en clase y te veo lejos...

—Amor mío... —sonrió el joven, abrazándola—. No sé de qué huyes, pero no te obligaré a contestarme. Y te ayudaré con todas mis fuerzas, igual que tú me ayudaste cuando te necesitaba.

—Tengo bastante estando a tu lado —susurró la joven—. Me haces

mucho bien con tú presencia.

—Entonces... no nos separemos, Rose. Estemos siempre juntos. En clase... y fuera de ella.

—¿Cómo? —quiso saber Rose.

—Vivamos juntos —fue la respuesta de Brian Crawford, decidida y sincera—. No te pido que te cases conmigo pues sé que aún es pronto. Pero puedes venir a mí casa.

Ella le miró, como aturdida.

—Eres mayor de edad —continuó el joven—. Puedes dar cualquier excusa a tus padres: que quieres más libertad, que alquilarás un piso con una amiga... Lo que sea. Así estaríamos siempre juntos.

El rostro de Rosemary se iluminó más que nunca.

—Sí, Brian... —contestó, abrazándole con una fuerza nacida de la felicidad—. Sí, mi vida... Siempre juntos... Siempre...

CAPÍTULO V

—Me alegro de que lo hayas conseguido, Crawford —sonrió cínicamente Falsworth, felicitándole aquel mismo día—. Contigo, nuestro equipo ganará.

Rose, agarrada a la mano del joven todo el rato, sin soltarle, había perdido su eterna sonrisa nada más acercarse a aquel individuo. Tenía la mirada fija en el suelo, para no contemplar su odiosa faz.

—De poco me servirá pertenecer al equipo si no tengo la oportunidad de jugar —mordió las palabras de Brian—. Y eso es cosa suya, «entrenador».

—No te preocupes, muchacho. La tendrás.

Crawford miró, incrédulo, al pulcro y elegante universitario de afilado rostro y cabellos negros que tenía ante él.

—¿Qué quiere decir?

—Que jugarás, Crawford —aseguró Falsworth—. El primer partido es la semana que viene y tú estarás en el equipo, como punta atrasado. Pero tendrás que jugar bien o no volverás a disponer de otra posibilidad.

Cuando Falsworth se marchó, despidiéndose de Rose, que ni siquiera le miró, Hawick comentó:

—Esa es una estupenda noticia, Brian.

—Sí, lo es. Es la oportunidad que estaba buscando. Y me la da, precisamente, William Falsworth. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído.

* * *

—William trama algo.

Brian se volvió hacia la muchacha, después de dejar sus maletas sobre la cama de su piso alquilado. Esta parecía preocupada, sentada como estaba en aquella misma cama.

—¿Qué has dicho? —preguntó el joven, haciéndose el despistado.

—Que no me gusta todo esto, Brian —se levantó del lecho, paseando por la habitación, mientras él sacaba sus cosas de las maletas—. Conozco a William. Sé que no le haría un favor ni a su venerable padre si no consiguiese algo a cambio. Y a ti, menos que a nadie. Te odia por mí culpa.

—Quizás ha decidido renunciar a ti —opinó el futbolista—. Tal vez haya encontrado otra chica con la que divertirse.

—Es posible —asintió sin mucho convencimiento la joven—. Después

del dinero, lo que más le gusta a William es el sexo, que era lo que obtenía de mí, como ya habrás supuesto.

—Sí —suspiró el joven, dejando lo que estaba haciendo para mirar a la joven—, algo de eso había imaginado. Pero no creo que importe el pasado, en estos momentos.

—Sabía que lo disculparías —sonrió ella con ternura, poniéndose a su lado, acariciando sus dorados cabellos—. Pero William prefiere tener dos amantes, en lugar de una. Y, si son tres, mucho mejor...

—Un tipo insaciable... ¿Eh?

—Tú mismo lo has dicho. Jamás hicimos el amor. Simplemente, desahogaba sus sucios instintos en mí, sin importarle si yo disfrutaba o no. Contigo, en cambio, es distinto.

—Sigo sin comprender por qué seguías con él, entonces.

—Mejor que no lo sepas, amor mío —le besó fugazmente en los labios —. Créeme. Es mejor...

* * *

Aquella semana pasó con rapidez. Para Brian fue como una exhalación. Y pronto, muy pronto, llegó el tan anhelado partido que inauguraba la Liga universitaria en Cambridge.

En el primer partido de aquel campeonato *amateur* se enfrentaban su equipo, con camiseta amarilla y pantalón rojo, y los estudiantes de Derecho, con los colores cambiados. Es decir, camiseta roja y pantalón amarillo.

Había un pequeño marcador a un lado del rectángulo vallado, frente a una mesa, donde un muchacho era el encargado de señalar los goles. Y el árbitro era el atlético señor Evans, vestido con un chándal azul con rayas blancas en brazos y piernas y silbato en ristre.

Brian miró a su alrededor, recorriendo con los ojos todo el espacio que rodeaba el rectángulo. Había muchos jóvenes de ambos sexos aquella tarde, dispuestos a contemplar el partido y corear los goles de uno u otro bando. Entre ellos, el jugador del Britain reconoció a muchos de su clase.

Pero no vio a Rose.

La joven le había asegurado que estaría allí para darle ánimos, cuando la dejó en su piso casi una hora antes. Sin embargo, no la veía por ningún lado.

«Vendrá más tarde», se dijo el joven, al mismo tiempo que daba un fenomenal trallazo a una pelota, para que la parara su portero, situado bajo los palos de la meta.

En la espalda tenía el número ocho. El mismo que siempre llevó con el Britain en su época dorada, meses atrás.

No estaba nervioso. En absoluto. Más bien se sentía tranquilo, seguro

de lo que podía hacer en aquel partido.

Si jugaba bien, si veía que seguía siendo el mismo con un balón en los pies, muchas cosas cambiarían. Igual que cambiaron aquel día maldito en su memoria, cuando un afilado trozo de metal estuvo a punto de acabar con su vida.

Pero, para ello, debía demostrar que continuaba siendo el mejor.

* * *

El silbato del árbitro, incluso allí, en un simple partido *amateur,* anunciaba el principio del encuentro. Un hecho que no tardó en producirse, una vez dadas las últimas instrucciones a los jugadores.

Y empezó el partido.

Sacó de centro el equipo contrario, comenzando el ataque. Un ataque que pronto se vio truncado de raíz cuando un jugador de camiseta amarilla interceptó un balón largo, dirigido a un atacante que ya se libraba de su marcador.

Así comenzó la primera jugada de peligro para el cuadro amarillo. Y en ella participó Brian, que recibió un pase en corto de su defensa lateral izquierda y, para comprobar la resistencia de sus piernas, inició una amplia galopada con el esférico en las botas, cruzando la línea medular del otro equipo en cuestión de escasas zancadas, perseguido por un defensa que le intentaba arrebatar la pelota.

Se libró del defensa con un seco, rápido regate, que le dejó clavado en el suelo. La hinchada de su clase prorrumpió en jubilosos gritos de ánimo, que le galvanizaron.

Vio delante de él a otro defensa. Y, a su derecha, corriendo muy cerca de la banda, al capitán de su equipo, William Falsworth, totalmente libre de mareaje.

Rechinó los dientes, mirando al hombre que se cruzaba en su camino. Este retrocedió poco a poco, conteniendo su avance. Se escoró algo hacia la derecha y pasó a uno de los muchachos de la defensa, incorporado al ataque, que se lo devolvió en una pared perfecta, ya dentro del área.

Rugieron sus seguidores cuando su bota restalló en el cuero y esta se dirigió hacia la portería contraria. Pero pronto se convirtió en un ¡Uuuuyyyy! de decepción, al pararla, bien colocado, muy cerca del palo izquierdo, el guardameta.

Fue la primera prueba que tuvo sobre su estado físico. Una prueba que pasó con buen resultado, pese a los exabruptos que luego le dirigió su capitán, reprochándole el hecho de no pasarle, cuando estaba libre de marcadores.

Tuvo otras oportunidades, naturalmente. Y en ellas demostró su fama de goleador.

Lo único que fallaba era su fondo físico. A pesar del entrenamiento que tuvo durante las últimas semanas, notaba el esfuerzo que para él suponían el paso de los minutos, subiendo y bajando continuamente a lo largo del rectángulo. Y eso el joven lo hacía adrede, para comprobar que, a pesar de todo, su pierna resistía.

Mientras tanto, su equipo marcó un gol. En una falta peligrosa que se había producido a pocos metros del área de castigo contraria, William Falsworth, el número nueve, el hombre que llevaba la cinta blanca en el brazo izquierdo, señal de la capitanía, con un chut escalofriante, un disparo certero, que rebasó limpiamente la barrera y sorprendió al cancerbero, inauguraba el marcador.

Y, después, vino el suyo.

Fue en el minuto treinta y dos del primer tiempo.

Un gol inolvidable para él.

Consiguió hacerse con un balón rechazado por la defensa de su equipo y, sin esperar a más, ni siquiera a sus propios compañeros, echó a correr como un loco hacia la portería contraria, pegado a la banda derecha. Mientras corría, imprimiendo una velocidad endiablada a sus piernas, nacida de una férrea voluntad, por su mente cruzó todo lo vivido aquellos meses: la angustia, el dolor, la rabia, el sufrimiento... Todo eso se había acumulado en su pecho. Y ahora, con un esférico de cuero rodando por el césped, impulsado por sus pies, podía desahogarse. Podía enseñar al mundo quién era Brian Crawford.

Cuando estaba a punto de cruzar el vértice derecho del área de penalti, todo estalló a su alrededor. Mientras veía salir, desesperado, al guardameta vestido con chándal, engatilló un zurdazo antológico, que rebasó como una centella al batido cancerbero, estrellándose con furia en las mallas.

—¡Gooooooolllll...! —oyó gritar a una amplia sección del público, hombres y mujeres, que saltaban de alegría, aplaudiéndole—. ¡Goooll1...!

La palabra se formó, rotunda, en su cerebro, fulminante como un disparo.

GOL.

Cayó de rodillas en el césped, con una peligrosa humedad en sus ojos, siempre grises y duros, los brazos y el rostro alzados al cielo. Y también él gritó, con todas sus fuerzas, lleno de felicidad.

Tanto sufrimiento, tanto sudor... se veían ahora recompensados con algo tan sencillo en apariencia como era meter un balón en un rectángulo hecho a base de palos. Pero para Brian Crawford aquello significaba mucho.

Era el final de una pesadilla, de una espantosa maldición que comenzó meses antes, con una lesión que provocó el lado negativo del *football,* la agresividad que domina los campos cada vez que unos desaprensivos se

sienten ofendidos por no saber perder.

Poco después, se producía la reacción del otro equipo, convertida en tanto por una falta dentro del área. Un penalti claro que nadie discutió y que subió al marcador enseguida, al ser materializado por el experto del equipo contrario.

Pero la victoria era suya. Y eso quedó bien claro en el segundo tiempo, cuando Brian marcó otros dos goles. Uno de ellos fue bombeado, cuando el portero se adelantaba para cubrir huecos. Una vaselina magistral, que nadie esperaba. El otro fue de cabeza, en un libre indirecto, que se coló por la escuadra.

Y el último tanto del encuentro lo marcó otro muchacho del equipo, en un «pase de la muerte» perfecto, que remató de volea.

Así, el partido acabó con clara victoria de los de la camiseta amarilla. Un cinco-uno inmejorable. Una goleada conseguida gracias al interior derecho del Britain.

Cuando acabó el encuentro, Brian estrechó la mano de Evans, el árbitro de aquel partido. Este le miró con simpatía.

—Ha sido estupendo, muchacho —comentó, acompañándole. Sus compañeros de clase le aplaudían y felicitaban. Era el héroe de la noche—. Nadie diría que estuviste a punto de dejar el fútbol por una lesión.

—Eso se lo debo a otra persona —sonrió el joven futbolista, rodeado por chicos y chicas de la universidad, que gritaban a los cuatro vientos el triunfo de su equipo—. Sin ella, yo ahora no estaría aquí.

—¿Aceptarías formar parte de la selección? —preguntó el profesor, mirándole—. Dentro de unas semanas jugaremos contra Coventry y necesitaríamos a un jugador como tú. Pero, naturalmente, deberás seguir así en los próximos partidos.

—No tema —aseguró Brian, divertido ante el gesto de disgusto que apareció en el rostro de Falsworth al verle. De disgusto... y de ira—. No pienso bajar mi nivel de goles, ahora que he logrado lo que pretendía. Cambridge ganará a la selección de Coventry.

* * *

Rose no estaba allí.

No había ido a ver el partido, de eso estaba seguro. Y ahora, cuando regresaba a casa, tampoco la encontró en ella.

Durante unos momentos, su semblante se ensombreció, mientras la llamaba, buscándola por toda la casa, pronunciando su nombre en voz alta. Nadie contestó.

Se tranquilizó al pensar que quizás había surgido algo inesperado, que la obligó a marcharse. Quizás se había puesto enfermo alguien de la familia...

Resopló, agotado, pero también feliz. Y, mientras preparaba un café para sí mismo, se dijo si no sería aquel el momento para dar la buena nueva a Hopkins, su entrenador en el Britain, e incorporarse al cuadro verdirrojo como titular otra vez.

No.

Prefería esperar, seguir en la universidad... Y continuar metiendo goles en aquel equipo *amateur* hasta estar plenamente seguro.

Después, volvería al Britain.

Estaba decidido.

Pero no dejaría los estudios. Seguiría con ellos en cualquier otra universidad, entrenando por las mañanas y estudiando por las tardes. Así, siempre tendría un camino donde elegir, si de nuevo se interponían obstáculos entre él y su carrera deportiva.

Cogió su taza de café, para sentarse cómodamente en el *Living,* ante una mesita, en el sofá.

Entonces la vio.

Sobre la mesa había un sobre blanco, sin cerrar, con unas palabras al dorso. Unas palabras escritas a mano, con nerviosismo y rapidez, casi como si los dedos que empuñaban el bolígrafo hubieran temblado al escribirlo. Unas palabras que decían:

«Para Brian, con todo mi cariño»

Una carta.

Febril, casi frenético, temiendo lo peor, extrajo el papel que contenía el sobre. En él, la misma letra temblorosa, desgarrada... y un mensaje que rompió el corazón del joven.

Amor mío:

Antes de comenzar, has de saber lo mucho que te amo. Incluso ahora, cuando me voy de tu vida para siempre, el solo pensamiento me desgarra el alma. Te amo tanto... Has llegado a significarlo todo para mí.

Y, si me voy de tu lado, es precisamente por amor. Por amor a ti, el único amor verdadero que he tenido.

Una vez te dije que había sufrido mucho por el amor. Y era verdad. He sufrido más de lo que te puedes imaginar. Y las heridas todavía no han cicatrizado. Al contrario, se abren cada vez más y me obligan a hacer cosas que seguramente ni tú entenderías.

Creerás que soy una egoísta. Y quizás lo sea. Pero no quiero tener un nuevo desengaño. Ya fueron bastantes los que tuve. Ni tampoco deseo que

seas desgraciado toda una vida a mí lado, como sin duda lo serías si continuase contigo.

No me busques. Sería inútil, porque no me hallarías. Y, si de verdad me quieres tanto como decías, ni siquiera lo intentarás. Estoy segura de que respetarás mi decisión, aunque no lo entiendas.

Nunca dejaré de quererte. Serás un bonito recuerdo en una vida agitada y cruel como es la mía. Siempre estarás presente en mi memoria. Y, quizás algún día, volvamos a vernos.

Rose

Estrujó el papel entre sus dedos, casi llorando de rabia y dolor.

—Rose... —murmuró roncamente—. Rose... ¿Por qué?

No había respuesta. Nunca la hay en momentos así. Y eso abate aún más a un hombre.

Se dijo a sí mismo que no la buscaría, que ni siquiera lo intentaría... ¿Para qué? Si ella había decidido marcharse, él no era nadie para impedírselo. Ni siquiera para convencerla de que regresara.

Salió de su casa, abatido, vencido. La alegría es así de voluble, y se puede marchar en cualquier momento, cuando menos lo esperas.

Le repugnaba hacerlo, pero sabía que solo hallaría consuelo en una botella. Y en un poco de cariño, aunque fuese alquilado.

* * *

Dicen que el tiempo es el mejor analgésico contra los dolores del alma. Y quizás sea cierto. Pero a Brian Crawford no se lo pareció, aunque bien cierto era que solo habían pasado algunas semanas.

No volvió a ver a Rosemary Cunningam por ningún lado. Ni siquiera en la universidad, pues se dio de baja, marchándose solo Dios sabía dónde.

No preguntó nada a sus padres. Sabía que era inútil.

Se volcó durante ese tiempo totalmente en el fútbol para olvidarla. Otros recurren a las bebidas... o a las drogas. A él le dio por eso.

Se convirtió en un auténtico huracán en los siguientes partidos, arrasando por completo a cualquier equipo que se enfrentase al suyo, protagonizando goleadas espectaculares en cada encuentro, que pusieron a la cabeza de la clasificación universitaria a su equipo, haciendo de él el máximo goleador.

Era consciente de que aquello no era la Primera División. Ni siquiera la Segunda o la Tercera... Pero tampoco le importaba demasiado, la verdad.

Y, así, llegó el partido más importante que disputaba desde hacía meses. En él se enfrentaban dos selecciones universitarias: la de Cambridge y la de Coventry.

La competición se hacía en terreno neutral, en un verdadero campo de

fútbol, con grádenos y todo, aunque más pequeño que los que él estaba habituado a visitar, naturalmente. Pero el partido tenía mucha, muchísima importancia para los seguidores de uno y otro equipo, aunque la tensión ambiental no era excesiva y había una gran deportividad entre ambos bandos.

Brian sonrió, mientras se colocaba el uniforme con los colores de su universidad, en los vestuarios. O mejor, el color, pues era totalmente rojo, salvo una franja azul en el brazo derecho.

Muchos *supporters* de los grandes equipos deberían aprender de aquellos muchachos que aplaudían a ambos rivales cuando salían al campo. Ese es el verdadero fútbol: animar a los jugadores que sienten sus mismos colores, pero respetar también a los otros.

La selección de Cambridge estaba formada por los mejores de la afamada universidad. Y, entre ellos, había muchos de su clase. Incluido William Falsworth como delantero centro.

El otro equipo tenía auténticas murallas humanas entre sus filas. Hombres que parecían más apropiados para jugar Rugby que a fútbol. Una buena defensa, sin duda. Y se notaba que eran chicos acostumbrados a jugar, que sabían moverse con una pelota en los pies.

Ya desde el principio del encuentro un fornido muchacho de pelo castaño y lacio, de estatura similar a la suya, se ocupó de marcarle. Y en cierta ocasión le mostró una sonrisa que no le gustó absolutamente nada, por lo mucho que parecía ocultar detrás.

Ellos fueron los primeros en mover el balón, después de un sorteo que favoreció a Cambridge. Y en aquella jugada se hizo evidente la inexpugnabilidad de la perfecta muralla defensiva, que inició un contragolpe sin dudarlo un solo instante, con rapidez. Pero, por fortuna, un jugador de Coventry adelantó demasiado el balón y un defensa rojo se lo quitó con limpieza.

Fue entonces cuando Brian tocó su primer balón del partido, dispuesto a llevar el peligro hacia la portería contraria, tras un pase largo de su defensa que él recibió cerca de la banda, arrancando hacia el campo rival como una flecha.

Pero su marcador actuó entonces. Sin contemplaciones, yendo directamente al jugador, zancadilleándole mientras corría.

La caída fue aparatosa, y el joven mordió el polvo, pues allí no había césped. Quedó tendido en el suelo, con un dolor terrible en la pierna derecha.

Se aferró la pierna dolorida con desesperación, mientras vagamente oía los silbidos del público y la amonestación verbal del árbitro al jugador que había cometido la falta.

—No... —jadeó—. Otra vez no...

Consiguió levantarse con alguna dificultad. El dolor, afortunadamente, venía de su rodilla, que sangraba por el golpe.

Cuando, poco después, se le hubo aplicado un improvisado y liviano vendaje, pudo retornar al rectángulo de juego, aunque algo renqueante. No quiso que nadie le sustituyera.

El primer gol llegó en el minuto veinticinco. Pero lo marcaron los de Coventry, tras un saque de esquina que un jugador de camiseta blanca remató de volea, enviándolo al fondo de las mallas, sin que el portero pudiese desviarlo pese a haberlo rozado ligeramente con los dedos, en un espectacular *plongeon.*

La alegría del equipo blanco no tuvo límites. Y el desencanto de la selección de Cambridge, tampoco.

—Maldita sea... —se enfureció el joven—. Si no fuera por ese animal que casi me destroza la pierna... Cada vez que cojo un balón, me entra en falta.

—Y no puedes correr ahora... ¿verdad? —sonrió Falsworth, a su lado, mientras iban al círculo central—.

Te ha dejado la diestra hecha un asco.

Brian miró al delantero centro de la selección. En su rostro estaba la misma sonrisa que antes vio en el jugador que le marcaba. La duda comenzó a corroer su cerebro.

¿Era posible que él...?

Pero... ¿por qué?

Un hermoso rostro, de pelo negro y dulce sonrisa, de risueña mirada, apareció ante sus ojos, como formándose en el aire, cuando en realidad solo estaba en su memoria.

«Rose... —se dijo a sí mismo, colocándose cerca de la línea medular que separaba ambos terrenos—. Entonces, es eso... Todavía dura... Ha ofrecido dinero a ese jugador para lesionarme. Y seguro que ha tenido mucho cuidado al añadir: en la pierna derecha».

Sacaron sus compañeros de centro. Él se adelantó, perseguido muy de cerca por el corpulento defensa que tenía como misión impedir que se colase en su terreno. Le dirigió una mirada furiosa, brillantes los acerados ojos.

Recibió un pase en profundidad y se escoró hacia la izquierda, para librarse de aquella peligrosa lapa, que venía como un tanque hacia él. Hubo un destello de astucia en su mirada.

Ya estaba en la mitad del campo del equipo blanco. Vio muy cerca de él a su antagonista.

Frenó en seco, parando el balón, burlándole, e hizo un quiebro, regateándole luego sin demasiadas dificultades. El contrario le lanzó una patada alevosa, enfurecido, pero el joven, presintiéndolo, saltó por encima,

para hacerse después con el esférico.

El defensa quedó sentado en el suelo, quejándose de su pierna siniestra, lastimada en aquella entrada tan dura.

Se acercó al área. El portero estaba preparado para interceptar su disparo, así que cambió el juego hacia la izquierda, en un pase perfecto que recogió un compañero de camiseta roja. Este centró con la pierna izquierda, muy cerca del punto de penalti, donde Brian saltó, cazándolo con la cabeza, enviándolo hacia la potería con fuerza, colándose por el ángulo superior izquierdo.

El gol era claro. El joven no se hallaba en fuera de juego al rematar de cabeza. Había varios jugadores blancos más cerca que él de la línea de fondo.

Era el gol del empate. Y, para mayor alegría, el hombre que se ocupaba de él en el terreno de juego salía, lesionado, siendo sustituido por otro de menor estatura.

Su equipo venció, con dos goles más, de los cuales él marcó uno. El Coventry marcó otro, muy cerca del final, pero ya no podía ni soñar con vencer. Solo redujo distancias, salvando la honrilla.

Cuando entraron en el vestuario, el joven comentó con el entrenador, sabiendo que Falsworth lo oiría: —No es nada. Todavía me quedan muchos goles por delante, antes de que se vuelva a averiar. Pero estoy seguro de que eso no le agrada a todo el mundo.

Falsworth rechinó los dientes y, sin decir palabra, se alejó de allí.

CAPÍTULO VI

Caminaba por las calles de Cambridge, igual que hiciera el mismo día que conoció de verdad a Rose. Pero en esta ocasión, no eran los mismos los pensamientos que acudían a su mente.

Se acercaba el momento de tomar una decisión.

Ya nada le ataba a aquella ciudad, a la universidad... Lo único que podía hacerlo, se había marchado, alejándose de su lado.

Había recibido una carta de Hopkins, con el membrete y el escudo del Britain Sport Club en su parte superior. Se le pedía que volviese, pues sabían que ya se encontraba mejor, para ser examinado por los médicos del club. El comienzo de la Liga estaba a la vuelta de la esquina y querían tenerle como titular.

Aceptaría, naturalmente. No tenía ningún motivo para seguir allí. Pero le hubiese gustado tenerlo.

Se sentó en un banco del parque donde había llegado en su paseo nocturno. Se marcharía al día siguiente, dejando una carta con la solicitud de baja en la universidad.

No se despediría de nadie. Solo de su buen amigo Bert. Y por carta también.

Oyó un motor de automóvil cerca, parando en la misma acera del parque. Pero no le prestó demasiada atención.

—¡Vaya, si es el héroe del balón! —llegó una voz jovial hasta él, femenina a rabiar, mientras alguien salía del automóvil—. Tenía ganas de verte...

Se llamaba Peggy.

Era una de las chicas que siempre iban con Falsworth y sus amigos. Una rubia despampanante, de cuerpo agresivo y exuberante, todo curvas. De cara no valía gran cosa, aunque se defendía. Pero tenía un cuerpo de miedo.

Se acercó a él sin prisas, cimbreando las caderas enfundadas en una faldita muy estrecha. Su sonrisa era provocativa.

—Hola, Peggy... —saludó el joven, echándose a un lado para que se sentase—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Había quedado con William y sus amigos para ir por ahí —respondió la joven, sentándose, pegando su muslo al del joven—. Pero te vi aquí, junto a estos árboles, tan pensativo y serio... y me dije: vamos a ver qué le pasa.

—Agradezco tu interés —sonrió Brian—. Pensaba en mi futuro, en lo


que debo hacer... Lo más probable es que me marche de Cambridge.

—¿Te vas a ir? —dejó de sonreír la muchacha—. ¿Cuándo?

—Pronto. Muy pronto.

—Te ha dolido que se fuera Rose... ¿verdad? Estás triste por eso y es lógico.

Ella se levantó, alisándose la corta falda con las manos.

—Pero, si vas a irte, debes llevarte un buen recuerdo de Cambridge —sonrió con picardía, tirando de él, obligándole a levantarse—. Y yo también quiero un recuerdo tuyo, para poder presumir ante mis amigas de haber estado entre los brazos de un campeón.

—Pero... ¿No eres muy precipitada? —se sorprendió el joven, ya en pie, viendo como ella se metía tras unos arbustos. No había gente por allí —. Te están esperando...

—Que esperen —rio Peggy, comenzando a quitarse la ropa, a refugio tras los arbustos—. Total, por un día que les dé plantón... No todos los días se ven hombres como tú.

Brian no lo podía creer.

¡Y ella estaba tan tranquila, pidiéndole que se revolcasen juntos así, de buenas a primeras!

—Ven, Brian... —asomó su rubia cabeza la joven—. Te quiero aquí, a mí lado... Verás lo bien que lo pasamos.

Naturalmente, el futbolista no lo dudó. Se introdujo entre los arbustos, súbitamente excitado.

Aquella mujer era el fuego hecho carne. Su cuerpo pletórico parecía abrasarle mientras culebreaba y gemía, sintiéndose maravillosamente llena, saciada por completo, bajo el cuerpo nervudo de Brian, en feroz batalla sexual. Notaba dentro de ella todo el poder del joven, convertido en inmenso placer, que la transportaba a luminosas regiones más allá de todo lo imaginable.

Los pechos eran dos blancos globos de mármol, proyectados hacia su torso, que pedían ser acariciados, besados... Y todo ello lo hizo Brian, exacerbados sus instintos por el aroma de la carne joven, llevando la felicidad al cuerpo desnudo de Peggy con el continuo movimiento de sus caderas, perdidas entre los poderosos muslos de la joven.

Cuando todo terminó, tras las convulsiones de un final placentero, Brian se echó a un lado.

—Ha sido maravilloso —susurró ella, con los ojos cerrados, tendida lánguidamente en el suelo—. Tú eres un hombre, y no ese estúpido de Falsworth... Ahora entiendo por qué ella quiso quedarse contigo y renunciar a todo, a esta vida asquerosa. Pero no lo pudo resistir. La droga fue más fuerte que ella...

—¿Droga? —el futbolista estuvo a punto de levantarse de un salto, pero

se contuvo—. ¿Qué droga?

—¿No lo sabías? —los ojos de ella se clavaron en el rostro tenso del joven—. Bueno, tarde o temprano debías enterarte... Rose es drogadicta, consume anfetaminas y otras porquerías que le da William.

—Entonces... era eso —jadeó él, sin poderlo creer, anonadado—. Pero... ¿por qué?

Ella se encogió de hombros, mientras se levantaba y comenzaba a vestirse con lentitud.

—Ya sabes cómo empiezan esas cosas —contestó—. No te das ni cuenta. Un día descubres que te has habituado a ellas, que solo eso te hace feliz... y ya está todo liado. Eres drogadicto. Pero Rose tenía un motivo: quedó embarazada siendo muy joven, de un hombre al que amaba mucho, y él le ordenó que abortara. Desde ese momento, consume esa mierda que le proporciona ese cerdo.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Me lo contó ella misma. Éramos grandes amigas. Nos comprendíamos.

Brian se vistió enseguida.

—Debo encontrarla —silabeó—. Debo encontrarla...

* * *

La puerta estaba abierta.

Entornada, más bien. Y con luz en el interior, formando una raya luminosa bien visible para el joven Brian Crawford.

Se puso tenso al llegar allí. Estaba seguro de haberla cerrado al salir...

Empujó la puerta con decisión, dispuesto a sorprender a quién se hallase dentro de su piso.

Había alguien en el *living* de espaldas a él. Vio pronto aquel cuerpo maravilloso, la larga melena negra, ensortijada, los brazos alabastrinos, como de seda blanca...

—Rose... —musitó—. ¡Rose!

Ella se giró entonces, como sorprendida. Al ver su rostro, Brian sintió una brutal sacudida.

—¿Qué te ha pasado? —Demandó, acercándose a ella, mientras la joven intentaba ocultar su rostro con las manos, entre sollozos—. ¿Qué...?

Cogió sus manos, retirándolas. Y de nuevo pudo contemplar los hematomas y morados que llenaban la hermosa faz de Rose, el violáceo, oscuro arco que surcaba la parte superior de su mejilla izquierda, muy cerca del ojo, su labio inferior, partido, sangrante aún...

—Brian... —gimió, abrazándose a él, desesperada—. Brian... Ayúdame... Solo tú puedes hacerlo...

—¿Quién te lo ha hecho? —preguntó, enfurecido—. ¡Responde!

—Volví... Volví con él, Brian, para... para...

—Lo sé, Rose —la apretó contra su pecho, hundiendo los dedos entre los desordenados, alborotados cabellos—. Lo sé... ¿Fue Falsworth?

—Me pegó, Brian... —sus ojos se llenaron de lágrimas. Apenas podía modular las palabras, sacudida por espasmos—. Me pegó. Estaba furioso, muy furioso... Dijo algo sobre ti. Que no quería que te volviese a ver... Yo... yo no podía aguantar más. Lo intenté... Te juro que lo intenté... Quise dejar la droga... pero no puedo.

—Yo te ayudaré, Rose —acarició sus hombros, enternecido—. Te ayudaré a luchar contra ese maldito hábito... a recuperarte. Igual que tú me ayudaste a mí. No te dejaré... Te pondrás bien. Ya lo verás.

—Sí, Brian... Por favor, ayúdame... No puedo luchar sola contra esa porquería que me llena las venas... No puedo...

—No lucharás sola, Rose —apretó las mandíbulas el joven, obligándola a sentarse—. Te lo garantizo. Me tendrás siempre a tu lado...

—No quiero que sea caridad, Brian —sacudió la cabeza con dolor la muchacha, hundiendo su lastimado rostro entre las manos—. No he venido a eso...

—No es caridad, Rose... —negó el futbolista—. Tú lo sabes. Sabes que te quiero como a nada en la vida, que eres lo único que importa para mí... Que seas drogadicta no cambia nada, salvo que precisas urgentemente mi atención, mi ayuda... Y, más que nada, mi cariño.

—¿Tendré todo eso, Brian? —Sonrió con tristeza la joven, en tanto él cogía algunas cosas de su cuarto de baño para rebajar las hinchazones y hematomas de su cara—. ¿Lo tendré... por fin?

—Sí, amor mío... No volverás a sufrir por amor —aseguró Brian—. Nunca más. Nunca...

* * *

—Fue un partidazo, Brian —le felicitó el joven y espigado Bert, al día siguiente, nada más verle, antes de entrar en el recinto amurallado de la universidad—. Jamás vi nada parecido en los encuentros de Liga de esta universidad. Si seguimos así, con tu ayuda, ganaremos en el próximo. E incluso es posible que consigamos el título de campeones.

—No habrá próximo, Bert —gruñó el futbolista, parándose ante la entrada del recinto—. No habrá más partidos para mí en Cambridge.

El muchacho le miró, sorprendido, sin entender.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a dejaros, Bert. Me voy a Brighton, a mí hogar... Hoy mismo, sin más demora. Aquí tengo mi solicitud de baja, el aviso para la universidad.

En sus manos apareció un sobre cerrado, que mostró al joven.

—¿Vuelves... al Britain? —sonrió con bastante tristeza el universitario.

—Sí, es mi equipo... Siempre lo ha sido. Siempre lo será. Y ahora, cuando va a empezar de nuevo la lucha por el campeonato, no puedo dejarles. Estoy curado y debo defender mis colores.

—Lo entiendo. Y me alegro por ti, porque has regresado de donde pocos lo lograron, alcanzando tu meta. Pero te echaremos de menos aquí. Te habíamos cogido cariño.

—Oiréis hablar de mi muy a menudo, no os preocupéis —rio Brian—. Y yo tampoco olvidaré jamás este lugar. En tan poco tiempo, han pasado tantas cosas. Unas buenas... otras, malas. Pero no olvidaré ninguna, puedes estar seguro. Ni tampoco las olvidará Rose, aunque hay muchas cosas que deberían borrarse de su memoria para siempre.

—¿Rose...? ¿Ha vuelto?

—En realidad, creo que jamás se marchó. Estuvo siempre cerca de mí. Como yo cerca de ella. Intentó irse, eso sí...

—¿Por qué...?

Los ojos de Brian se endurecieron súbitamente, clavados en alguien, en una persona concreta de las que había en la entrada.

—Ahí tienes la razón —silabeó—. El sádico de William Falsworth, el tipo más repugnante que he visto en mi vida... Ni siquiera merece que le odie, pero no puedo evitarlo. Cada vez que veo a esa babosa me dan ganas de vomitar.

Bert no entendió sus palabras.

Pero tampoco hacía falta.

Había ido allí a hacer algo y no lo retrasaría. Sin despedirse siquiera de su amigo, comenzó a caminar hacia el grupo de chicos y chicas donde estaba Falsworth. Le dio asco su sonrisa. Le dio asco su mirada...

—Hola, Falsworth —saludó, como si no pasase nada. Los demás le miraron, sonrientes.

—Hombre, Crawford... ¿Qué hay? Precisamente ayer me pareció ver a Rose, aunque no estoy seguro de si era ella...

Se acercó más. Vio a Peggy, mirándole, quizás percibiendo algo extraño en sus ojos.

—Lo sé —murmuró, ronco, el joven—. Sé que la viste.

Su puño se disparó, alcanzando el desprotegido mentón del universitario con fuerza, restallando como una bala. Salió catapultado hacia atrás, como alcanzado por un rayo, cayendo de espaldas en el suelo, barbotando maldiciones después al levantarse ligeramente y mirar con furia al joven.

—Debería matarte, cerdo —escupió las palabras Crawford, ante las sorprendidas y temerosas miradas de los demás—. Pero no quiero mancharme las manos con tu asquerosa sangre, a pesar de lo mucho que ha

sufrido Rose por tu culpa.

—Me pagarás esto, Crawford —rugió William, con la sangre manchando su boca—. Te expulsarán de la universidad...

—No te darás ese gusto, Falsworth —sonrió duramente el joven—. No pienso estar ni un minuto más en Cambridge. No hará falta que me echen.

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse de allí para siempre.

—¡Cuidado, Brian! —oyó una voz de mujer, gritándole.

Se volvió, con rapidez. Esperaba algo parecido. Y en ese momento, viendo abalanzarse hacia él el enjuto cuerpo de Falsworth, supo que no podía esperar otra cosa de aquel traidor.

Pero lo arregló enseguida, cortando en seco su ataque traicionero con un puñetazo al hígado que le hizo perder el aliento. Después, un trallazo a la mandíbula le tumbó.

Le dejó allí, tirado cuan largo era. Para él, aquel tipo ya había dejado de existir. Era solo un amargo recuerdo, que poco a poco se olvidaría.

* * *

—Todo terminó, Rose... Ya solo es preciso olvidar.

La chica le miró. Ya todo estaba preparado para partir de Cambridge, hacia Brighton, a una vida distinta, muy distinta...

—Sí, Brian —afirmó, sonriente—. Olvidar... Será duro dejar la droga. Muy duro... Pero a tu lado lo conseguiré. No quiero más paraísos artificiales. No cuando ese paraíso puede estar aquí, entre nosotros...

—Eso se llama «amor»...

—Y es la droga más maravillosa que existe —rio ella—. No tiene parangón con ninguna otra.

—Y es buena para el organismo...

Se abrazaron, felices, mirándose a los ojos tiernamente.

—Mi vida... —susurró la joven—. No sé lo que sería de mí si no te hubiese encontrado... Probablemente dentro de poco estaría tirada en cualquier callejón, convertida en una piltrafa humana. Y ahora puedo curarme... gracias a ti.

—Todo es cuestión de voluntad, Rose —le dio un beso cortito en los rojos labios—. Tú me enseñaste eso. Y, si se tiene a alguien al lado dándonos fuerza, es más fácil.

—Eso también es amor... —rio Rose, feliz.

—Y tú, Rose. Tú también eres amor.

EPÍLOGO

William Falsworth fue detenido por la policía inglesa aquella misma semana, acusado de haber golpeado salvajemente a una muchacha llamada Peggy Mendelson y causarle graves heridas.

A raíz de aquello, todo el asunto de las drogas, que no se limitaba solo a Rosemary Cunningam, salió a la luz y el hijo de sir Robert Falsworth dio con sus huesos en la cárcel con graves cargos sobre su cabeza.

La prometida de Brian, más tarde «señora Crawford», se recuperó favorablemente de su toxicomanía en poco tiempo. Costó mucho, como es normal en esos casos, pero se curó sin graves problemas.

Y, en cuanto a Brian Crawford...

* * *

Para él todo comenzó otro domingo, esta vez en setiembre, al comenzar la primera jornada futbolística de la Liga británica. Para el joven jugador, aquel día significaría el retorno a una nueva vida, después de un angustioso paréntesis.

En aquel partido, no importaba quién fuese el enemigo a batir. Brian se sentía feliz solo con pisar el césped, con oír los gritos del público, aclamándole por su regreso...

Esa es una buena afición.

Eso es el fútbol.

Pero también debía marcar goles. Aquello no era igual que el pequeño rectángulo con dos porterías que era su mundo durante los últimos meses. Los ciento seis por sesenta y tres de aquel campo podían agotar a cualquiera.

Sobre todo, a un jugador aún convaleciente de una grave lesión.

Estaba nervioso. Nerviosísimo.

Era muy importante para él conseguir un gol para el club de sus amores. Hacer que sus seguidores se levantasen de sus asientos y le vitoreasen, como hicieron siempre.

Y lo consiguió.

El partido terminó en empate a un gol, pues el otro equipo era duro de roer. Pero eso no importaba.

Tuvo el placer de ser él el autor del único gol del cuadro verdigrana. Un gol que desató las alegrías del público y que tuvo la virtud de alejar todos sus temores.

Fue un barrenazo sensacional lo que proyectó el balón hacia las redes enemigas, demostrando que su diestra todavía podía conseguir chuts que terminaban en tanto.

Seguía siendo el goleador nato por excelencia, que se había visto sumergido en las tinieblas de la duda hacia sí mismo durante algún tiempo. Pero ahora ya se había disipado, como las ondas de una piedra al caer en el agua...

Atrás quedaba Cambridge, William Falsworth, las drogas, el sufrimiento... Y también Bertrán Hawick, Peggy Mendelson, Timothy Evans...

Pero con él habían venido la felicidad, el amor, el triunfo, renacidos en Cambridge, como algo que ya duraría siempre.

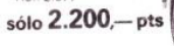
Es extraño que tantas cosas pueda provocarlas... una lesión.

F I N

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo líquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077





RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts

MINI RELOJ DE PENDULO

Bellísimo reloj que simula un reloj de péndulo de cuco. Funciona a cuerda y el péndulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegría a las habitaciones juveniles.



Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.

RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me correspondan de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ______________________ Edad ______
Domicilio ______________________ Tel. ______
Población ______________________ Dto. Postal ______
Provincia ______________________ Fecha de pedido ______

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona





